

noviembre

LA CARTERA CUBANA.

SETIEMBRE.—1840.

SECCION PRIMERA.

CIENCIAS.

Constitucion médica precedida de observaciones meteorológicas.

MES de set.	BAROMETRO FRANCES.			TERMOMETRO DE FAHRENHEIT.			HIGROMETRO DE SAUSSURE.		
	8 de la mañ.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañ.	2 de la tarde.	8 de la noche.	8 de la mañ.	2 de la tarde.	8 de la noche.
1	27p. 70	27p. 67	27p. 69	82	50	86	10	84	50
2	- 70	- 66	- 66	82	90	86	50	85	63
3	- 67	- 61	- 66	84	87	10	85	70	67
4	- 66	- 65	- 65	85	86	50	85	75	66
5	- 66	- 64	- 66	83	87	85	25	66	77
6	- 68	- 66	- 67	82	10	87	10	85	3
7	- 66	- 65	- 65	82	87	83	50	63	61
8	- 66	- 59	- 63	82	25	85	25	82	50
9	- 62	- 59	- 59	82	50	85	10	82	65
10	- 59	- 58	- 58	81	50	84	50	63	62
11	- 56	- 56	- 59	80	50	80	67	65	67
12	- 62	- 62	- 62	81	85	81	50	66	57
13	- 58	- 65	- 64	80	2	80	35	69	69
14	- 65	- 58	- 60	80	85	84	25	81	50
15	- 62	- 60	- 61	78	75	82	15	80	57
16	- 66	- 63	- 66	80	84	15	80	90	66
17	- 68	- 64	- 66	80	50	82	80	45	68
18	- 68	- 64	- 67	78	50	83	50	80	69
19	- 64	- 60	- 61	79	50	86	50	83	67
20	- 62	- 58	- 62	81	25	87	25	84	65
21	- 61	- 58	- 60	82	50	87	4	84	63
22	- 66	- 65	- 68	80	25	81	50	79	15
23	- 68	- 67	- 62	80	86	83	30	69	62
24	- 73	- 67	- 77	81	50	86	83	15	69
25	- 67	- 65	- 65	82	85	83	69	69	62
26	- 65	- 61	- 63	81	82	25	81	30	73
27	- 64	- 62	- 65	80	83	10	81	75	74
28	- 64	- 60	- 66	78	50	84	79	20	73
29	- 66	- 61	- 67	78	25	85	80	75	72
30	- 72	- 66	- 68	79	84	60	79	50	72

NUBARRONES.—El 1.º á 2 de la tarde, id. el 2 toda la tarde, el 8 á medio día, todo el 13.—**LLOVINZAS.** El 4 á la 1 del día, el 7 á 1 idem, el 8 en la tarde y á las 8, el 9 de 1 á 2 de la tarde, el 13 á oraciones, el 18 á 5 y 9 id., el 25 á 10 idem, el 28 á 10 de la mañana, el 29 á 3 de la tarde, é id. el 30.—**CHUBASCOS.** El 3 á 11 de la noche, el 10 á las 3 de la tarde, la noche del 13 al 14 de cuando en cuando con ventarrón, id. el 15 sin él, el 17 á 7 de la noche con truenos y á 9 idem, el 22 á 5 de la tarde y el 26 de cuando en cuando por lo mañana.—**AGUACIOS.** El 6 de 1 á 1 de la madrugada con fuertes truenos, el 11 de 12 á 1, el 13 á 9 de la mañana, toda la del 15, el 17 de 1 y tres cuartos á 3 de la tarde con truenos, toda la madrugada del 22 y al medio día con truenos, el 26 á las 11 idem y 4 de la tarde y casi toda la noche, y el 28 á 2 de la tarde.

ESTADO

DE

HOSPITALES.

MES DE SETIEMBRE DE 1840.				
ENFERMEDADES.	San Ambrosio.	San Felipe y Santiago.		San Francisco de P.
		Presos.	Particul.	
MEDICINA.	Apoplejía	1	2	"
	Anginas	7	1	1
	Bronquitis	50	20	"
	Pleuritis	1	5	"
	Neumonitis crónica	8	9	9
	Gast. agudas con fiebre	70	11	"
	Idem crónicas	3	2	"
	Fiebres intermitentes	51	27	"
	Tifo intertropical	116	12	"
	Colitis nerviosa	3	"	"
	Idem diarreica	10	13	"
	Idem disentericas	7	3	"
	Hepatitis aguda	1	"	2
	Obstrucciones	"	2	2
	Nefritis simple	7	5	2
	Peritonitis	4	"	"
	Cistitis crónica	6	"	3
	Metritis	"	"	"
	Reumatismo	6	22	"
	Sífilis y dolores osteoc.	42	2	8
	Hidropesias	"	2	1
	Viruelas	3	4	"
CIRUGIA.	Oftalmías	76	3	3
	Gengivitis	"	3	"
	Lamparones	13	"	1
	Bubones	20	1	4
	Fimosis y paraquimosis	22	"	"
	Uretritis	29	4	1
	Fistulas	10	2	2
	Contusiones	2	4	"
	Heridas de armas blanc.	3	16	3
	Id. por arrancamiento	"	1	"
	Quemaduras	14	"	"
	Tumores simples	10	3	"
	Erisipelas	"	3	2
	Erupcion. sarn. y herp.	31	3	1
	Ulceras y pústulas ven.	44	4	5
	Idem carcinomatosas	"	"	1
	Idem simples	"	2	8
	Fracturas	1	"	"
	Hernias	6	"	1
TOTALES.		676	66	175
				30

HOSPITALES.

SAN AMBROSIO.

Existencia en 1.º de setiembre de 1840	607	}	1285
Entraron en dicho mes.	676		
Se curaron	715	}	757
Fallecieron	44		

Quedaron para 1.º de octubre 526
 La mortandad estuvo à razon de 3, 45 o/o.

SAN FELIPE Y SANTIAGO.

Existencia en 1.º de setiembre	255	}	496
Entraron en dicho mes.	241		
Se curaron	204	}	256
Fallecieron	52		

Quedaron para 1.º de octubre 240
 La mortandad estuvo à razon de 10, 5 o/o.

SAN FRANCISCO DE PAULA.

Existencia en 1.º de setiembre.	110	}	140
Entraron en dicho mes.	30		
Se curaron	10	}	24
Fallecieron	14		

Quedaron para 1.º de octubre 116
 La mortandad estuvo à razon de 10 o/o.

DEDUCCION.

De los datos precedentes y de la práctica de los facultativos de esta ciudad, se deduce, que durante el mes de setiembre reinaron las siguientes enfermedades: el orden en que se colocan, indica su mayor ó menor predominio.

SETIEMBRE.

Gastritis agudas con fiebres.—Id. intermitentes.—Diarreas.—Reumatismos.—En los europeos, el tifo.

OBSERVACIONES PRACTICAS.

En este mes ha cedido la actividad de las inflamaciones y de la constitucion miasmática, lo que atribuimos à los aguaceros y descargas eléctricas que han purificado la atmósfera y refrescado la temperatura.

Por consecuencia necesaria, las bronquitis dependientes del polvo han disminuido, reemplazándolas no solo la diarrea que ha solido tomar de vez en cuando la apariencia disentérica, sino tambien los reumatismos y algunas peritonitis.

El tifo intertropical ó vómito negro, ha seguido su curso con el carácter benigno del mes antepasado. Solo algunos enfermos han sufrido el periodo adinámico, y siguiendo las esperiencias de Mr. Magendie, hemos verificado el hecho importantísimo de que à pesar de los sintomas mas alarmantes, la enfermedad se curaba siempre que el suero y el coágulo estaban en exactas proporciones. Estamos haciendo autopsias y otras observaciones sobre esta terrible enfermedad, pero son aun demasiado cortas para poder deducir principios rigurosos. Cuando se trata de la vida de los hombres, es necesario andar con pié de plomo, sin ideas preconcebidas, y no arres-tarse à dar una opinion sino cuando muchas esperiencias la confir-man. Esto es todavia mas necesario en la enfermedad que nos ocupa, donde hay que luchar con las teorías añejas de la inflamacion y de la gastro enteritis, à que nosotros mismos, siguiendo à Broussais, atribuíamos la fiebre amarilla.

Las fiebres intermitentes no nos han presentado el carácter que nuestros compañeros les daban el mes próximo pasado: así, ha quedado sin solucion el problema.

Se han enterado en el Cementerio general:==

	PARVULOS.	ADULTOS.
Blancos	175	64
De color	120	58
Sumas parciales . . .	295	122
TOTAL GENERAL. . .	417	

MEDICINA.

Continuacion del extracto de las lecciones orales de Mr. Magendie, en el curso de invierno de principios de 1858 en el colegio de Francia, sobre la sangre y sus alteraciones en las enfermedades graves.

DE LA SANGRE.

Hemos dicho que el animal se compone de partes sólidas y líquidas diversamente combinadas: desde los insectos hasta los crustáceos, los líquidos se mueven de un modo particular que todavía no se conoce bien. Vistos con el microscopio, estos líquidos tienen en suspensión ciertos corpúsculos sólidos, impropriamente llamados *glóbulos*. Solo en los mamíferos se halla la verdadera sangre, y en ella abundan aquellos cuerpecillos, que modificados en su forma ó en su volumen, no pueden atravesar los vasos capilares: entonces la circulación se paraliza, y gravísimos desórdenes resultan.

No debemos confundir el estudio de la sangre corriendo por sus vasos durante la vida, con el que se hace fuera de ellos ó cuando esta ha terminado. Con el último conoceremos su pesantez específica, su diferente densidad, su olor, su color, sus cambios al contacto del aire, y otras propiedades físicas; pero la mayor parte de los fenómenos necesarios á la vida, desaparecen en cuanto deja de circular por sus tubos. Estráigase sangre venosa ó arterial de un animal vivo, y aparecerá una serie de acciones químicas, físicas y vitales: se estremecerá en masa, se coagulará y se dividirá en dos porciones bien distintas, líquida la una, ó el *suero*; roja y sólida la otra, ó el *coágulo*. Este fenómeno no se manifiesta por lo común durante la vida, aunque creo que se ha presentado en esta mujer que falleció ayer en mis salas, pues cuando dividido el útero se apercibe la cavidad de los vasos obstruida por cilindros fibrinosos.

COAGULABILIDAD.

La sangre tiene la propiedad muy notable de correr libremente por tubos de un centésimo de milímetro, bajo la influencia de una fuerza poco considerable; descubrimiento que se debe al microscopio; y es tanto mas singular el fenómeno, cuanto que el agua ú otro líquido análogo no puede pasar por tubos de vidrio de un décimo de milímetro, sino con mucho trabajo. Si se inyecta agua en la arteria mesentérica de una rana, no llega á la vena con quien se continúa sino en cortísima cantidad, porque la mayor parte se ha esparcido en los tejidos que la rodean. Así la sangre debe poseer propiedades normales, y en relacion con los fenómenos físicos y vitales, para pasar de las arterillas á los capilares venosos: circula por ellos á sus anchas; mas si modifico una sola de sus propiedades no puede atravesar sus conductos, se embebe en los tejidos circunvecinos y forma congestiones, edemas, inflamaciones etc. Este vaso contiene sangre líquida con todas sus proporciones de glóbulos, suero y sales, exactas; segun Mr. Lecanu debe contener veinte y cinco sustancias la sangre normal, tal vez seran mas, pero esta solo consta de veinte y cuatro. Parece natural á la vista, y si la inyecto se detendrá en los capilares y matará al animal, porque hemos sustraído la fibrina, un elemento que solo entra en su composición cuando mas por uno ó dos milésimos. La fibrina da, pues, á la sangre la maravillosa propiedad de correr por los capilares mas finos. Pero si se pervierte su estado normal y deja de ser coagulable, no podrá circular por ellos. Supongámos una sangre conteniendo la proporción necesaria de fibrina y de sus otros principios constituyentes: si se inyecta en los vasos una sustancia propia á combinarse químicamente con ella y á formar sales, como un fibrinate de sosa, de potasa ó de amoníaco, la fibrina dejará de ser coagulable, se comprometerá la existencia y acabará en poco tiempo. Es lo que sucede en la mayor parte de las epidemias mortíferas, que se acompañan especialmente de alteraciones de la sangre estancada en los pulmones.

El hecho interesante y fundamental en la historia de la

sangre, que para conservar la vida debe estar dotada de la facultad de coagularse, nos hace mirar de un modo diferente al que se ha seguido hasta ahora, las enfermedades *locales* y *generales*. En el primer caso, la sangre modificada no puede atravesar los vasos capilares del pulmon, y produce una lesion local, esto es, la apoplejia pulmonar, la hemorragia, la hepatizacion. Pero si la sangre ha podido atravesar los vasos del pulmon y dirigirse à los otros òrganos, hallará los capilares mas finos de la mucosa intestinal; y no pudiendo atravesarlos producirá el rubor y la ulceracion de los folículos, los òrganos de la digestion no podrán desempeñar las funciones asimiladoras, y la economia se afectará al mismo tiempo. No iremos à contar los capilares obstruidos ni el número de folículos atacados, ni à medir el tamaño de las partes ulceradas para hallar la causa de tan variados desórdenes: daremos de mano à esas inútiles y minuciosas investigaciones; examinaremos la sangre, y en su alteracion hallaremos la causa de la enfermedad.

¿Querrá esto decir que todas las enfermedades dependen de la alteracion de la sangre? Seria un error demasiado grosero. Nuestros òrganos están sometidos à multitud de influencias que modifican su testura. Un frio intenso contrae las paredes pulmonales, y esta causa enteramente fisica retarda ó suspende la circulacion, y trae la neumonia. Una temperatura demasiado alta, aumenta la capacidad de los vasos, y no solo turba la circulacion sino que modifica la naturaleza de la sangre y produce afecciones análogas à la precedente. Hay, pues, enfermedades debidas à la alteracion de la sangre, y enfermedades ocasionadas por una alteracion particular de los òrganos, las cuales exigen una curacion distinta. En la accion del ácido nítrico sobre el estómago, las alteraciones patológicas no se deben à la sangre, sino à la lesion fisica ó quimica del veneno. Los monstruosos drásticos que perturban con tanta violencia la economia, descomponen el tejido, estremecen las fuentes de la vitalidad y solo consecutivamente alteran la sangre. En lo que se llama *hepatizacion roja* del pulmon, la sangre ha conservado la propiedad de coagularse y forma en las areolas de aquel òrgano las masas compactas, duras y resistentes que se ven en las neumonías por causa esterna;

mientras que en las *falsas neumonías* de la *gripa*, el líquido ha perdido la facultad de solidarse y se derrama en el parenquima del órgano, produciendo las infiltraciones sero-negruzcas que nombran *engurgitación* pulmonar. No somos de ninguna manera exclusivos.

Las causas que privan à la fibrina de su coagulabilidad estan en el aire, en los miasmas, los alimentos, las bebidas, y en todo cuanto nos rodea y penetra en nuestra organizacion. Estoy persuadido que el carbonate de sosa que se emplea como reactivo para saturar el ácido nítrico que se deposita en los riñones, les uréteres y la vejiga, modifica la sangre y la liquida cuando se prolonga su uso, de donde viene una fuente inagotable de neumonias, como ha sucedido à uno de los hombres mas célebres de esta época, à quien yo se lo administraba.

VISCOSIDAD.

La sangre ofrece una viscosidad particular que pareceria à primera vista un obstáculo à su tránsito en los vasos infinitamente pequeños, mas que por lo contrario constituye una condicion indispensable para que pueda recorrerlos, por lo cual *viscosidad* y estado normal de la sangre, son dos ideas inseparables. Esta propiedad fisica obra como en los cuerpos inorgánicos: en efecto, si introducimos en un tubo muy estrecho agua pura, este líquido no penetrará sea cual fuere la presion à que le sometan, en tanto que si le añadimos cierta cantidad de materia mucilaginosa, goma, gelatina, albumina, la inyeccion se efectuará al instante. ¡Cuánto debemos reirnos de esos fogosos inventores de leyes vitales que por un soberbio capricho ò por ignorancia, no solo desdeñan servir de las ciencias fisicas, sino que quieren impedir à los otros recoger los frutos de su instruccion! A pesar de las pomposas declamaciones de esos campeones del vitalismo y fisiólogos de gabinete, à pesar de sus ridiculas novelas; creemos como demostrado que la sangre se espesa en los tubos de nuestros órganos como los líquidos citados en la esperiencia anterior: si pierde su viscosidad, se detiene à la entrada de los capilares, se esparce en los tejidos que le rodean, y causa los

desórdenes patológicos que aquellos doctos personajes atribuyen à mas y mejor à su *irritacion è inflamacion*. Su terapèutica està en armonia con este modo de raciocinar: mezclan, combinan y amalgaman sus remedios, y los administran à tontas y locas en todos casos y sin saber porqué.

Està sangre es de un individuo atacado de neumonia: ha sido abundantemente sangrado, y sabeis mi modo de pensar sobre este medio quizás peor que la misma enfermedad. Esta sangre està muy poco viscosa, y presumo que otros accidentes agravarán el estado del enfermo. La viscosidad de los liquidos es una propiedad que se escapa à los instrumentos, y miraré como un descubrimiento precioso el medio que nos permita medirla: mientras tanto usaremos del areómetro.

Para convencerse de que la viscosidad es un elemento de la circulacion normal, dense muchas sangrias à un animal è inyéctese agua: habrá derrame, exhalacion en la cavidad de las pleuras, y mas tarde entre las hojas del peritoneo: no se ha hecho mas que disminuir la viscosidad de la sangre, añadiendo un poco de agua. Si hacemos la contraprueba aumentando la viscosidad, la circulacion cesa por la demasiada afinidad de las moléculas de la sangre que se adhieren à las paredes de los vasos, como los carámbanos de hielo se detienen en las orillas de los rios è interrumpen su curso. Hay, pues, enfermedades debidas à la demasiada *viscosidad* de la sangre.

Hemos añadido goma al agua, y después de colorear el liquido se ha inyectado por la vena yugular de un animal: mientras que la materia ha recorrido los gruesos troncos de las venas, ninguna turbacion se ha manifestado; pero luego que llegó à las ramificaciones pulmonares por la arteria de este nombre, la capacidad de los tubos no estando ya en relacion con la viscosidad del liquido, la circulacion se ha detenido casi súbitamente; y no siendo ya excitada la masa encefàlica por la sangre arterial, ha suspendido sus funciones, siguiéndose de pronto la muerte. Hecha inmediatamente la autopsia durante la leccion, se vió que cortando el parenquima pulmonar perpendicularmente à la direccion de sus principales vasos, estaban constantemente obstruidos por la materia inyectada. Demos de barato que aquel liquido atravesase los capilares del pulmon: variando en cada órgano el diámetro de

esos tubos infinitamente pequeños, y siendo indudable que algunos son mas tenues que los de los pulmones, si una sustancia ha podido recorrer su parenquima, se detendrá indudablemente en otros capilares, y después de estancada se esparcirá y producirá segun las partes que toque, desórdenes mas ó menos análogos á los precedentes, y que reconocen por causa el mismo principio, el obstáculo de la circulacion por la falta de armonia entre los glóbulos del liquido y los conductos que debe recorrer.

Aquí se ve la necesidad de los conocimientos anatómicos mas exactos y minuciosos; pero como se estudia tan superficialmente esta ciencia, se ven los médicos desprovistos de sus conocimientos á la cabecera de los enfermos, y el fisiólogo apenas se aprovecha de su auxilio.

Así como la goma,—el aceite, el almidon, y en general todas las sustancias amiláceas, aumentan la viscosidad de la sangre resultando gravísimos desórdenes.

Iguales modificaciones se producen espontáneamente en ciertas enfermedades. Así encontramos á veces sangre tan viscosa, que como dicen los patólogos, casi tiene la consistencia de la gelatina de grosellas, lo que observado en los cadáveres, supone lesiones profundas del pulmon. Hemos probado que los álcalis tenían la propiedad de liquidar la sangre, y que ciertos ácidos, como el sulfúrico, aumentan su viscosidad, combinándose con la fibrina á quien solidan: tambien hemos llegado á conocer por la esperiencia, que la inacción prolongada traia el mismo resultado. En todas estas circunstancias la sangre pierde su principio acuoso y tiende á solidarse.

Densidad.

No debemos olvidar tampoco el papel que la *densidad* de la sangre desempeña en la circulacion; pero nuestros conocimientos se limitan á saber que es algo mas considerable que la del agua: así debemos buscar un medio de apreciarla.

Glóbulos.

Los glóbulos de la sangre que parecen una lente circular en los mamíferos, y que en los peces, reptiles y pájaros son

elípticos, merecen toda nuestra atención. Debemos advertir sin embargo, que de todos los elementos de la sangre son los que menos se modifican en las enfermedades graves. Para extraer los glóbulos, se batirá la sangre según se recibe en el vaso, y se decantará el licor para que los glóbulos depositados se aislen perfectamente. Examinados en el microscopio se nota una especie de envoltura y como un núcleo en su centro, que desaparece en el lavatorio coloreándose el agua de rojo, de la misma manera que el suero se tiñe en algunas enfermedades. En los peces y reptiles hay glóbulos de distinto tamaño, que en el lavatorio pierden la envoltura, conservando el núcleo: en esto se diferencian de los de los mamíferos y los pájaros. Se dice que los glóbulos se componen de una especie de parenquima propio, formando la hematosina la superficie, la albumina el parenquima propiamente dicho, y la fibrina el medio central; pero como los de los mamíferos y de los pájaros se disuelven en el agua, tenemos algunas dudas de la realidad de esta descripción. Su tamaño en el hombre es cuando más de un octogésimo de milímetro, lo que constituye una relación exacta con el diámetro de los vasos que deben libremente atravesar. Estos corpúsculos suspendidos en el suero, pueden ser más pequeños, entre un ochenta avos y un ciento veinte avos de milímetro, pero más grandes formarían un obstáculo para su tránsito en los tubos sanguíneos.

En fin, el estudio químico de la sangre nos ofrece tanto interés como el de estas consideraciones puramente fisiológicas: son preparadas por las modificaciones químicas que tal vez acarreen otros resultados que exigen nuestra atención.

En lo restante del curso, el profesor estudió las sustancias que favorecen la coagulación de la sangre, y las que a ellas se oponen. El agua, el agua azucarada, el bicarbonato de sosa è hidróclorato de idem, de potasa, de amoníaco y de barita, el suero de una ascitis, el ácido bórico, el borax, el nitrato de plata, el hidrosulfato de potasa y de amoníaco, el agua de Seltz, de Vichy, de Sedlitz, el ioduro de potasio, el emético, el sulfato de magnesia, el alcohol, el éter, el cianuro de oro y el de mercurio, el acetato è hidróclorato de morfina y la manita, la coagulan; pero los ácidos sulfurico, hidróclórico, nítrico, tártrico, oxálico, cítrico, láctico, acético, tánico è hidrocianico, la sosa, la potasa, la cal, el amo-

ácido, los carbonates de sosa, de potasa y de amoníaco, los nitrates de potasa, de cal y de estrictina, el sulfato de morfina y la nicotina, liquidan la sangre.

QUIMICA.

Análisis de las aguas de la fuente de Madruga, llamada vulgarmente la Paila: hecho por el teniente coronel don Francisco Ramirez en 1802.

Hace muchos siglos que conocen los hombres la virtud medicinal de las aguas minerales, pero hasta aquí el empirismo mas que el juicio médico ha dirigido su uso. El modo mas seguro para conocer la utilidad de un agua es hacer su análisis, mediante la cual el médico podrá prescribirla con acierto. Considero ahora solamente con respecto á la medicina la utilidad del análisis de las aguas, porque es la única profesion á quien en el día convenga aquí este conocimiento, no ejerciéndose las demás artes que pudieran aprovecharse de él.

Todas las aguas que corren por la superficie de la tierra, ó estan contenidas en su seno, pudieran llamarse minerales, porque todas contienen, en mas ó menos porcion, sales disueltas; pero se ha convenido llamar solo así aquellas aguas que tienen una accion sensible sobre la economía animal. Como la virtud de todas ellas no es igual, sino que muchas tienen una contraria á la de otras, las han dividido los químicos en las cuatro clases siguientes: primera, aguas *acidulas*; segunda, *salinas*; tercera, *sulfúreas*; cuarta, *ferruginosas*. Las de Madruga participan de la segunda y tercera, porque son algo salinas y sulfúreas, y aunque contienen el ácido carbónico, se halla de manera que no les imprime, por decirlo así, su carácter, siendo su oficio disolver los carbonates térreos que embotan toda su energia.

El agua que ha servido para esta análisis se ha sacado de un pequeño depósito contiguo á otro mayor en donde vierte su agua, conocido en el pueblecito de Madruga con el nombre de la *Paila*. Esta fuente y los demás baños que hay en aquel paraje, se hallan situados en la falda de una sierra que corre próximamente del E. al O.: los terrenos que los circundan son calcáreos, y sus producciones manifiestan suma debilidad en la vejetacion. La calidad va luego variando, y á corta distancia del pueblo yendo á Callajabo, aparece de repente una especie de piedra ollar que es muy abundante en distintos parajes de la isla. Su color es verde oscuro, está salpicada en algunos puntos de un feld-spatho blanco, tierno, muy parecido á la mica, que le da una apariencia metálica. En Guanabacoa hay un ejemplar de esto mismo. Todo el terreno inmediato á la ciudad de la Habana es calcáreo, y luego que se pasa de Mari-melena se presenta la misma variedad de piedra ollar. Por esta conformidad algunas personas han presumido que las aguas de estos dos parajes debían tener mucha analogía, lo que puede ser cierto, pues la diferencia de las aguas se la dan los terrenos por donde corren, *tales sunt aquæ qualis terra per quam fluunt* decia ya Plinio, pero esto no puede afirmarse hasta que se haga su análisis.

Calidades físicas de esta agua.

Su transparencia al tiempo de sacarla de la pocita dicha, es como la de cualquier agua cristalina: pasadas algunas horas se enturbia ligeramente, y al cabo de un día poco mas ó menos, segun las circunstancias, la recobra de nuevo. Su olor es fétido, parecido al de los huevos podridos; pero se disipa pronto dejándola destapada en vasijas de grande superficie para que tenga mucho contacto con el aire atmosférico. Su sabor es agradable luego que pierde el mal olor que tiene. La gravedad específica de esta agua medida con el areómetro de Baumé, es con corta diferencia la misma que la del agua destilada. Cuando observé su temple, le encontré medio grado mas bajo que el que tenía la atmósfera, que era de veinte y medio, segun la escala de Reaumur; pero no sé si este es su temple habitual, por no haber tenido comodidad para observarle mas de una vez.

55—2.º

Propiedades químicas de esta agua.

El olor fétido que observé, unido á la impresion que había oído decir causaba en la plata, era bastante indicio de contener algun principio sulfúreo. Por esta razon quise hacer los primeros ensayos al pié de la fuente, tanto para conocer el principio que disolvía el azufre, como tambien para determinar su cantidad.

1.º Un poco de ácido acetoso vertido en ella hasta que enrojecia fuertemente la tintura de tornasol no habiéndola alterado, me hizo ver que no contenía ningun sulfureto térreo ni alcalino.

2.º Verti luego una suficiente cantidad de ácido sulfuroso recientemente preparado, conforme al método que enseña Mr. Fourcroy en su análisis de las aguas sulfúreas de Enghien, y tampoco causó alteracion sensible. Aguardaba precipitar con este ácido, como lo ha descubierto aquel sabio profesor, el azufre que estuviera disuelto por hidrógeno, y le di la preferencia sobre el ácido nitroso humeante y el ácido muriático oxigenado, por las razones que trae de tardar mucho tiempo con el primero en juntarse el precipitado, y por convertir el segundo con mucha facilidad una parte del azufre en ácido sulfúrico.

3.º Verti en agua recien sacada, una disolucion acetosa de plomo que en el momento la enturbió mucho; el precipitado que se formó tenia solo un color pardusco en lugar de negro como hubiera sido si el principio sulfuroso abundara mucho en ellas. Esta esperiencia me hizo conocer que la corta cantidad en que se hallaba era la causa de no haberse alterado con el ácido sulfuroso. Confirmé esto mismo después sirviendome del ácido muriático oxigenado, que tampoco produjo mudanza sensible.

El precipitado que se forma con la disolucion acetosa de plomo es muy complicado, porqué además del azufre que se une con el óxido, se precipita tambien con los ácidos sulfúrico y muriático, y tambien por los carbonates térreos, fuera de otra porcion de óxido que se precipita por el agua, aunque sea destilada, si no hay exceso de ácido. La única induccion, pues, que saco de aqui es que el hidrógeno sulfurado que mineraliza esta agua se halla en corta cantidad, sin embargo del mal olor que la comunica.

4.º Una moneda de plata adquiere en esta agua un color que tira al dorado, porqué se mineraliza ligeramente. El litargirio toma un color mas subido por la misma razon.

5.º La tintura de tornasol no se altera, lo que manifiesta no contener ningun ácido libre.

6.º La misma tintura puesta encarnada con un poco de ácido sulfúrico tampoco tuvo alteracion, lo que indica que no contiene ningun álcali libre. Para mayor seguridad hubiera deseado hacer esta esperiencia con el jarabe de violetas, ó con alguna tintura vegetal que los álcalis enverdeciesen, para ver el efecto que producian los carbonates térreos, de quienes hablaremos adelante.

7.º El nitrato de barita la enturbia, lo que indica la presencia del ácido sulfúrico formando alguna sal neutra.

8.º El ácido oxálico la enturbia tambien, lo cual indica que se halla la tierra calcárea.

9.º El nitrato de plata la enturbia con mucha prontitud y forma un precipitado pardusco que se divide en dos partes; la una se precipita luego en el fondo del vaso, y la otra subsiste mucho mas tiempo suspensa en el liquido. Estos dos precipitados los forman los ácidos muriático y sulfúrico, y el color pardusco se lo da el poco de gas hidrógeno sulfuroso que contiene esta agua; de suerte que cuando ha perdido enteramente el mal olor, los precipitados son totalmente blancos; si entonces se esponen á la luz del sol, el precipitado muriático toma un color de violeta oscuro, y el sulfúrico se pone sonrosado.

10.º El ácido sulfúrico no causa ninguna precipitacion, ni puede tampoco observarse ningun movimiento en esta agua por la gran cantidad de liquido respecto de los principios térreos que contiene.

11.º El carbonato de sosa forma un precipitado térreo al cabo de algun tiempo.

12.º La potasa cáustica forma un precipitado floconoso pardusco que se queda bastante tiempo suspenso en el liquido.

13.º El agua de cal forma instantáneamente un precipitado abundante. A primera vista parece este hecho contrario á las leyes de las afinidades que tienen unos cuerpos con otros, por que la cal da en estas aguas, que no son de las acidulas aéreas, un precipitado mas abundante que el que producen los álcalis

fijos; pero luego que se examina la naturaleza del precipitado y se hace reflexion á la cantidad de agua de cal empleada, se ve que en nada se aparta de las leyes conocidas de las afinidades quimicas. Este precipitado consiste en carbonato calcáreo por la mayor parte, á que se agrega un poco de magnesia cáustica, esto es, privada del ácido carbónico. Mas adelante volveré á hablar de esta experiencia.

14.º El sulfato de sosa no causa alteracion en el agua de la fuente.

15.º El nitrato de cal la enturbia, lo que confirma la existencia de alguna sal sulfúrica.

16.º El nitrato de magnesia no la altera.

17.º El sulfato de alúmina la enturbia.

18.º El prusiato de cal no la altera.

19.º La tintura de agallas tampoco la altera. Estas dos últimas experiencias manifiestan que no contiene hierro.

20.º Estas aguas cortan el jabon, lo que indica la existencia de alguna sal neutra.

Aunque estos experimentos nos descubran algunos principios contenidos en estas aguas, no manifiestan en qué modo y proporcion se hallan. Cada uno de los ácidos que hemos visto, puede saturar una sola ó varias bases como efectivamente sucede: nada nos dicen acerca de las bases alcalinas que puede haber, ni tampoco de las de magnesia. Sin embargo, son muy útiles para formar el primer juicio, y porqué se hacen mas fáciles las experiencias ulteriores que vamos á manifestar, las cuales aclaran completamente todo lo que puede desearse sobre esta materia.

De la accion del fuego sobre el agua de la Paila, y de los fenómenos que manifiesta su destilacion.

Dos libras de esta agua que conservaban todavia su olor hepático, se pusieron á destilar en una retorta de un tamaño proporcionado, á la que se habia unido un recipiente medio lleno de agua de cal con dos bocas, para hacer comunicar estas vasijas por medio de un tubo de vidrio encorvado con el aparato hidro-neumático; todo con el fin de coacer algun tanto el fluido elástico que se desprendiera sobre el agua del

recipiente, y no esponerlas á quebrarse por un excesivo acúmulo. Luego que comenzó á hervir el agua de la retorta se enturbió mucho; poco después sucedió lo mismo con el agua de cal que habia en el recipiente, y pasó un poco de aire á otra vasija que habia puesto llena de agua sobre la plancha del aparato. Paré el fuego al cabo de veinte minutos de ebullicion, y luego que se enfriaron las vasijas separé el recipiente para examinar uno y otro precipitado.

Desde luego diré que el fluido elástico que recogí sobre el agua, no era otra cosa mas que el mismo aire que contenian las vasijas algo alterado, por un poco del gas ácido carbónico que habia pasado con él sin haberle detenido la cal.

El precipitado que se habia depositado en el recipiente, provenia del gas ácido carbónico que se habia unido con la cal, y formaba el carbonate calcáreo.

El depósito de la retorta era compuesto de dos tierras, saturadas ambas del ácido carbónico. La mayor parte la componia el carbonate de cal, y la otra de magnesia.

Conoci la naturaleza de este precipitado disolviéndole en vinagre destilado; partiendo la disolucion precipité la mitad con el ácido oxálico que me dió á conocer la cal, y la otra la precipité con el agua de cal que separó la magnesia en estado cáustico, ó privada del ácido carbónico.

El mal olor del agua se habia desvanecido enteramente de la retorta, y en el recipiente apenas se conservaba algun indicio de él, mezclado con el olor de la creta.

El fuego ha ocasionado en esta esperiencia un efecto análogo al que produjo el agua de cal en el esperimento 13 por lo que hace á la precipitacion de las tierras; con la diferencia solamente de hallarse privada de su ácido carbónico la magnesia en la precipitacion por la cal, y de no estarlo por la accion del fuego.

El grado de calor que hace hervir el agua es suficiente para convertir en fluido elástico permanente el ácido carbónico, que disuelve los dos carbonates térreos que acabamos de nombrar; pero no hace lo propio con el ácido carbónico que está combinado con las tierras, el que necesita de un grado de calor mucho mayor para desunirse, tal como el que se da para hacer la cal.

Podrà parecer extraño que el ácido carbónico se una á bases ya saturadas por él, sin quedar excedente en la combinacion ó sin darle el carácter ácido, como sucede en las combinaciones de otros ácidos; pero es menester tener presente que en todas las combinaciones del ácido carbónico, el carácter de las bases es el que predomina. Esta propiedad, que es característica de este ácido ó mas bien de sus combinaciones, esplica este fenómeno.

Por lo que hace á la oferta que hicimos de volver á tratar del experimento 13, su esplicacion es esta. La cal se une con el ácido carbónico que disuelve los carbonates térreos; además priva enteramente á la magnesia de su ácido y la precipita cáustica. El carbonate de cal, privado de su disolvente, se precipita junto con la magnesia, al mismo tiempo que la nueva combinacion que acaba de formar la cal con el ácido carbónico, la obliga á precipitarse tambien. De lo que resulta, que todo el precipitado se compone de los elementos siguientes:—del carbonate de cal que contenia el agua de la fuente; de la magnesia que contenia tambien; del carbonate de cal que se ha formado con el ácido carbónico que disolvía los carbonates térreos dichos, y el que saturaba la magnesia y el agua de cal empleada. El carbonate de sosa con que hice el experimento 11, alteró poco la disolucion de estas tierras, porquè estaba saturado del mismo disolvente que ella, y solo precipitó la cal de otra combinacion que hallaremos adelante.

La potasa cáustica del experimento 12, hizo lo propio que el agua de cal; pero como el carbonate de potasa que se forma es muy soluble, solo dejó precipitar las tierras que contenía el agua de la fuente. Este álcali precipitó tambien la cal de la misma combinacion que descompuso el carbonate de sosa; mas es necesario advertir que los álcalis cáusticos vuelven á disolver con facilidad los precipitados.

Siguiendo ahora nuestra operacion, después de haber filtrado las dos libras de agua, las hice destilar hasta dejar seco el residuo. Le puse luego á digerir en espiritu de vino que señalaba treinta y nueve grados en el areómetro de Baumé, á quince de temperatura; después de filtrado le hice evaporar á un calor lento, la sal que dejó tenia una cristalizacion confusa, pero se veian muchos cristales pequeños perfecta-

mente cúbicos. Como la corta porcion que habia no me permitia emplear las disoluciones y cristalizaciones repetidas, para traerla à su verdadera figura, preferi examinarla por los reactivos.

Hecha su disolucion en agua destilada la dividi en varias porciones que ensayé de la manera siguiente. En una de ellas verti un poco de nitrato de plata disuelto que ocasionó instantáneamente un precipitado abundante muy blanco, facil à conocer por muriate de plata.

El agua de cal no causò ninguna alteracion en otra parte de la disolucion.

El carbonate de sosa tampoco alterò otra.

El nitrato de barita tampoco produjo ningun efecto. De lo que resulta que la sal examinada era el muriate de sosa ó sal comun.

Lavè luego con un poco de agua destilada el residuo que no habia disuelto el espiritu de vino, y le hice evaporar de la misma manera. No habiendo conseguido tampoco una cristalización bien determinada, hice su ensayo en varias porciones.

El nitrato de plata la enturbia, pero no tanto como la disolucion anterior; tambien tarda mucho mas tiempo en depositarse el precipitado, y no es tan blanco.

El nitrato de barita ocasiona al contrario uno muy abundante, que se desposita luego, fácil de conocer por sulfato de barita.

El agua de cal, carbonate de sosa y àcido oxàlico no la alteran.

El nitrato de cal la enturbia luego.

El nitrato de magnesia no la enturbia, aunque hay descomposicion. De lo cual claramente resulta que la sal que se examina es el sulfato de sosa ó sal de Glaubero, sin mezcla de otra sal.

El residuo que no había atacado el agua fria, le hice hervir en una cantidad de agua destilada quinientas veces mayor que su peso. Las propiedades de esta disolucion, después de evaporada una grande parte del agua, son las siguientes. Después de haberla dejado reposar veinte y cuatro horas se habían reunido en el fondo de la vasija unos cristallitos capila-

res. Agitando suavemente el liquido se difundian por todo él. Si se calentaba à mas de los sesenta grados se disolvian, y volvian à formarse después de enfriado.

El ácido sulfúrico los hacia desaparecer.

El ácido oxálico formaba un precipitado de oxalate de cal.

El nitrate de barita precipitaba sulfate de barita.

El carbonate de sosa descomponia tambien esta disolucion, y se precipitaba el carbonate de cal. El gas amoniaca l que hice pasar por medio de ella, no le causó alteracion hasta después de haberse combinado con el gas ácido carbónico de la atmósfera.

El nitrate de plata formaba el mismo precipitado con esta disolucion que con el sulfate de sosa. De estas esperiencias resulta que la disolucion que examinamos, no contiene mas que el sulfate de cal, ó lo que todos conocen con el nombre de yeso. El poco de residuo que habia quedado hacia una viva efervescencia con el ácido muriático y se disolvia enteramente.

El agua de cal le precipitaba.

El amoniaco tambien.

El prusiato de cal no tubo ninguna alteracion. Lo que indica que solo era de carbonate de magnesia esta corta porcion de precipitado, y que no habia ni un átomo de hierro en la disolucion.

Hemos conocido por los primeros esperimentos hechos con los reactivos en el agua conforme sale de la fuente, algunos de los principios que contenia. La destilacion y los mismos reactivos empleados en las disoluciones preparadas, nos han acabado de manifestar el modo con que están disueltas las tierras y las sales que contienen. Resta ahora determinar la cantidad de cada una de ellas para completar de una manera útil à la medicina este análisis; pero antes haré el resumen de los principios hallados.

1.º Gas hidrógeno sulfurado.

2.º Carbonate de cal disuelto por el ácido carbónico.

3.º Carbonate de magnesia disuelto por el mismo ácido.

4.º Sulfate de cal.

5.º Sulfate de sosa.

(Concluirá.)

SECCION TERGERA.

LITERATURA.

Noticias de otro mundo.

Con este título, ó el de Las indiscreciones de un prófugo de Clichy acaba de publicar un sujeto que estuvo detenido en la cárcel por deudas, un opusculo que contiene algunas anécdotas curiosas y varias observaciones útiles. De el extractamos la relacion siguiente, cuya lectura no dejará de causar bastante interés.

UN SUICIDA EN CLICHY.

Asi como en la guerra tiene la fortuna inconstante sus prosperidades que sostienen la esperanza del adalid; del mismo modo en la cárcel el hombre juicioso se anima entre sus cadenas esperando sin temor el rescate, cuando ha salvado su honor. Espero, pues, en la prision, adonde me ha conducido la desgracia, que brille aquel dia para mi, y mi imaginacion, que ningun poder humano podria encadenar, se consuela y sostiene con la esperanza de un porvenir mas venturoso.

Doy gracias á mi acreedor y al mismo tiempo á la ley por haberme dado la cárcel por casa, pues la casualidad que rige tantos acontecimientos, vino á proporcionarme un drama lastimoso: ojalá sirva de ejemplo á la sociedad y aprovechen á la humanidad las angustias que me propongo referir.

El cuarto, ó mejor dicho calabozo que ocupó en Clichy, fué habitado mucho tiempo por un extranjero que ya no existe: su fin lamentable se halla escrito en las paredes que tiñó con su sangre, y sus compañeros de infortunio de quien se despidió, me han referido su historia.

Avergonzado del yugo férreo que hacia el Austria gravitar sobre su patria, y despreciando la fortuna de una familia rica y de poder, abandonó el conde R. desde muy jóven y para siempre el pais delicioso que el mar baña con sus olas y que ilumina el Vesubio con su fuego. Había luchado largo tiempo con las pasiones bajo el cielo ardiente de la Italia, y vino á buscar la gloria á Francia, donde el amor le presentaba su desgracia. Paris, con su lujo y con sus maravillas, sus brillantes fiestas y hermosas mujeres, le tendió sus redes doradas, y pronto cayó en ellas para morir.

Trató de casarse con la mujer que en su temprana edad le habia inspirado un amor fatal; ofreciòle su caudal y su nombre en prueba de su cariño: aceptò ella su nombre para lacerarle, y sus riquezas para reducirle en cambio á la miseria, al abandono y á la muerte.... ¡la muerte en Clichy! Queriendo disimular su vergonzoso manejo á la sombra del marido, á quien tenia engañado hasta después de haberle arruinado, se atrevió á llegar á ser su *encarceladora*, haciendo comprar á precio de oro acreencias contra él; y mientras que el desgraciado lloraba aherrojado su infidelidad, la infame se reía de su desesperacion y de sus lágrimas entre los brazos de sus amantes.

Si con algunos amigos habia contado en el mundo, y una ó dos veces se desprendieron de sus placeres para imponerse de la causa de su prision, mas bien que para lamentarse de su desgracia; estos le abandonaron en seguida: la vista de las rejas les comprimía el corazon, y el ruido de los cerrojos lastimaba sus oidos. ¿Se llora acaso mas de un dia á los que yacen en el sepulcro? Por otro lado, la prision en que gemia su amigo no estaba de acuerdo con su vida deliciosa: se habia olvidado interponer á Clichy en el Palais-Royal y la òpera.

Desterrado así de su patria que incesantemente lloraba, separado de su familia sin esperanza de volverla á ver, y distante de la culpable esposa que todavia amaba, existía aban-

donado en un país extranjero y solo buscaba la soledad huyendo el bullicio: sus ojos secos de tanto llorar, miraban con tristeza las hojas que el viento impelia fuera del recinto donde se agitaba una alegría falsa y violenta, como la calma engañosa de las olas que oculta tempestades: la aparente serenidad de su semblante disimulaba mal las agitaciones de su corazón: su nobleza de conde se agobiaba bajo el peso de su desgracia, y el grito del hambre subordinaba al de su orgullo, pues muchas veces se le vió comer un mendrugo de pan despreciado, para alargar más su existencia. Entonces fué cuando sus amigos, pues tenía hallado algunos en aquel asilo, le socorrieron en su angustia, respetando siempre aquel acerbo y mudo pesar que no se mitigaba con ninguna clase de consuelo ni reflexiones; y ellos secretamente le acompañaron à sentir, pues la ley bárbara que los había separado de la sociedad no pudo extinguir los sentimientos de la humanidad. Cada prisionero vivía esperando su libertad, él solo ¡ay! era el único que nada aguardaba ya desde que su mujer había faltado à sus deberes impuestos por el himeneo, ya que no aquellos que el corazón amoroso debía naturalmente dictarle. Todos los días veía con envidia esposas tiernas y fieles que acudían à tomar parte en la prision del hombre à quien habían consagrado su existencia, à pesar de la ley que quería separar à los que aquella había unido, y su felicidad en la oscuridad de una cárcel embargaba su corazón destituido de toda esperanza.

Sin embargo, su mal devoraba en silencio à este desgraciado y se encerraba días enteros en su bartolina para llorar sin ser visto, y ella sola era testigo de las angustias misteriosas de aquella alma atormentada: quejidos y sollozos se oyeron en ella aquel día, y aun por la noche interrumpieron el sueño de los presos, cavándole lentamente la desesperación su sepulcro. Si la desesperación llega à apoderarse de nosotros lo más fácil es el suicidio: este se hallaba anunciado en su frente abatida, leyéndose en sus ojos lánguidos y apagados, hasta su silencio hablaba. Separado por mucho tiempo de la sociedad quería también partir de este mundo para siempre y lograrlo con la muerte, pues sus espresiones le vendían à pesar suyo con la idea fatal de desesperarse por los pocos días que le quedaban de vida.

Cuando el cielo se nublaba aparecía en el jardín solitario, teniendo empeño en desafiar la tempestad como la que hacía estragos en su alma, y el ruido prolongado del trueno parecía tener analogía con la tristeza de su corazón. En vano movía el viento sus largos cabellos sobre su frente: siempre permanecía insensible al huracán sumergido en el letargo de su pensamiento; quizá esperaba la muerte al ver la luz del relámpago. pero si caía el rayo á sus piés, en nada alteraba su existencia.

Viendo vacilante su semblante pálido bajo sus sombrías mejillas, á semejanza de una sombra entre los sepulcros, se quedaba acometido de un presentimiento siniestro, y sus palabras pronunciaban una sentencia de muerte al decir con una sonrisa, que seguramente no era la de la esperanza:—«Amigos, quedaos con Dios, pues pronto estaré en libertad.»—Este desgraciado iba á morir suicidándose, aburrido ya de pasar tantos días intranquilos y tantas noches sin dormir.

Oyose un grito débil, pero lastimoso, de dentro de la celdilla de donde había días ya que no quería salir, y el golpe de un cuerpo pesado que se deshace y cae, estremeció la prision, y acudieron entonces; pero ya no había remedio, pues acababa de terminar con su muerte la agonía de diez años, y su vida se libertaba con ella de las profundas heridas que laceraban su corazón.

Sus compañeros afligidos vieron á este valeroso mártir del infortunio como dirigía al rededor sus moribundas miradas, las que luego fijó en el cielo por falta de voz para darse á entender, y volviendo á menear la cabeza muy despacio en señal de despedida, espiró. La muerte que revoca todos los decretos, que rompe todas las cadenas, había abreviado su carrera y libertado de sus penas. Su acreedor que vino á ser su verdugo, y su esposa criminal, quedaron satisfechos; pues pagaba con su muerte la deuda de su vida, dejando su cadáver en rehenes. La justicia desapiadada, pudo también esclamar así:—«Ha quedado satisfecha la ley, pues acaba de lavar su afrenta con su sangre.»—A. M.

SECCION TERGERA.

COSTUMBRES.

Memorias de un calesero.

(CONCLUSION.)

Pero ¡mezquinas vanidades humanas! aquella atmósfera de felicidad que por algun tiempo parecía circuirnos, pronto llegó à disiparse: la nueva desposada volvió à su tono altivo y dominador, y su imprudente compañero en vez de sobrellevarla se entregó à todos los estravios à que le arrastraban su genio y complexion: frio, incivil, violento, à la alegría y al amor se sucedieron las riñas, guerras y estrepitosos rompimientos: algunos quisieron aprovecharse de los interregnos, y yo era el agente secreto de esta fatal diplomacia. Las durezas del amo y sus continuos desarreglos, y la inesperienza, el carácter irascible y los resentimientos del ama, favorecian mucho mas esas empresas temerarias y aventuradas, que cuantos buenos oficios pudiera yo prestarles. Me atraje sin embargo la cólera de aquel, mas la señorita me sostuvo contra su antipatía y la envidia de los demás criados. Pero tambien ¿quién sabía dar un recado mas à tiempo, ni volver una respuesta con mas oportunidad? Quién calculaba mejor cuando era preciso hablar y cuándo guardar silencio? Quién fué nunca mas feliz en sacar de un compromiso, facilitar entrevistas, dar una despedida embarazosa, y salvar siempre las esterioridades? Ni quién tuvo mas presencia de ánimo en la hora del peligro?

Cualquiera que fuese sin embargo el precoz desarrollo de mis facultades instintivas para este género de intrigas, no pude al fin sostenerme contra la reiterada odiosidad del amo; y tuve que abandonar su casa para entrar en la de un solteron de mas de cincuenta años que aun no habia abdicado à los goces y privilegios de su eterna juventud. Advertido ya por la esperiencia, me propuse usar de mas reserva, pero el destino me arrastraba de infierno en infierno, y de precipicio en precipicio. Mi amo tenia tantas visitas que hacer, tantos recados

que enviar, tal número de compromisos que pesasen sobre él; y era además de complexion tan áspera y desabrida, que à pesar de sus adhealas y de la profusion en que me tenia, llevaba yo tan maltratada vida que me daban poquitos deseos de continuarla por mas tiempo. Mis ocupaciones se median allí casi por minutos; de la calesa à los recados, de estos al servicio de la persona y de la casa, ningun momento era libre para entregarme à la tranquilidad y al reposo: ¡cuánto no debía estrañar mi antigua bien-andanza!

Mi amo que fuè un amable cortesano en sus primeros años y que aun no habia olvidado los gustos de la juventud, expiaba al lado de una viuda reciente y coqueta los amargos sufrimientos que el viejo solteron hizo probar à tantas otras: destino inevitable de los que como èl se niegan à las dulzuras del matrimonio, para vivir de los azares de la ingrata peccrea. No hay mujer tan perfecta, repelia à sus amigos, que una vez al dia no nos haga arrepentir de haberla tomado por esposa, ó envidiar al menos la suerte de aquel que no la tiene. Si es avara le atormenta, le arruina si es dadivosa; si es de genio fuerte cultivará su paciencia, y le engañará si es coqueta. Vale mas hallarse solo para no comprometer su libertad; y el mismo que lo decia era la víctima de una mujer comun y despreciable. Quiso mezclarme en sus intrigas, y como le negué mi cooperacion, usó de su influjo para que me despidieran.

Fuí entonces admitido en casa de una señora de mas de cuarenta años, pero para quien estos no tenían el mismo número de meses que tienen con los demás, ó que al menos usaban con ella de la particular cortesía de no envejecerla, ni afearla. Era casada, pero poseia el arte de enterrar y hacer olvidar à su marido. No se sabia si este era vivo ù muerto: habitaban en una misma casa, y no corrían peligro de encontrarse: èl pagaba los gastos que se hacian, pero à ella era à quien se tributaban el homenaje y los honores: solo en la calle se sabia que la señora tal era la esposa del caballero cual. Esta señora era obsequiada, festejada de todo el mundo, y podia miràrsele como huésped en su casa como no fuese en las horas de recibo. Afectaba las modas y llevaba la moneria y el artificio hasta en la misma enfermedad: estudiaba sus posiciones, y me parece que habia escogido ya aquella en que debía

morir. Me tomó por su cuenta, y entonces supe todo aquello de que es capaz una mujer que no es contenida en sus deseos y que no teme precipitarse en el abismo. El amo en fin, aunque tarde se acordó de que lo era, y creyéndome cómplice en los extravíos de su esposa, que yo mas bien lamentaba, me echó de la casa y estableció en toda ella una reforma general.

Espantada la señora con estos primeros síntomas de una improvización de energía de parte de un esposo que hasta entonces solo le había dado pruebas de la mas perfecta sumisión conyugal, y alarmada por las consecuencias que debían esperarle, si abdicaba el poder soberano que ejercía, se quejó de la usurpación; y acusando de brutal el procedimiento y la indignidad con que le trataba su marido, entabló contra él una guerra de mando y de precedencia que fué terrible y encarnizada, y de que ambos tuvieron que llorar amargamente los funestos resultados. La casa era una liza abierta al continuo querellar de los esposos: lo que el uno mandaba el otro lo contradecía; este censuraba lo que aquel había dispuesto: nadie sabía á quién obedecer; y en este trastorno gerárquico, en esta guerra de sucesión, en esta especie de oligarquía anárquica, todo se resentía de aquel desgobierno, y la fortuna de los amos se desplomaba sin remedio. Después supe que este infeliz matrimonio se había separado escandalosamente: que el esposo, reducido á la última indigencia, mendigaba por las calles, y la esposa había muerto en el hospital.

Dos jóvenes igualmente brillantes y magníficos que se habían reunido por la perfecta conformidad de sus hábitos é inclinaciones para vivir á expensas comunes, me habían tomado á su servicio. Ambos eran los favoritos de las sociedades mas escogidas; ambos de porte amable y de buen tono: cultos y elegantes, si el uno tenía mas vivacidad de inteligencia, mas presteza en concebir, mas fuego y movilidad de imaginación; el otro en cambio poseía una alma mas candorosa, menos esclava al tormento de las ajenas opiniones, y de un natural tan dichoso y flexible que si bien gozaba en la prosperidad, no por eso se abatía en la desgracia. Como eran espléndidos y liberales, daban frecuentemente en su casa las comidas mejor servidas y delicadas de la época, de manera que satisfechos con verse el objeto de la admiración universal, lle-

garon á persuadirse que nada era tan bello como vivir del modo que lo hacian, ni tan fácil como continuar en aquel género de vida; pero muy pronto se convencieron que en este mundo las mas grandes prosperidades no son siempre las mas durables. El desórden produce tarde ò temprano su mal efecto: aquellas comidas suntuosas, aquella absoluta falta de economía, y si se puede agregar la infidelidad de los mismos criados, apuraron en poco tiempo la hacienda de estos dos no muy potentados caballeros; y tanto instaba ya la necesidad, que los que nunca se hablaron de intereses, tuvieron que venir à esplicaciones serias sobre este artículo.—Se han agotado nuestros recursos, dijo al fin con mucha gravedad, el mas susceptible y vivaz de los dos amigos, al que era mas indiferente y tranquilo: no nos queda ya con que vivir y he apelado à mis últimas reservas. En semejante estremidad ¿qué partido adoptaremos?—El mas seguro, respondiò, riéndose de buena gana su otro compañero, será desalojar la casa, despedir al mayordomo y los criados, y cobrar de nuestros amigos las comidas que les hemos prestado: así se restablecerá el equilibrio, y ellos nos volverán un favor que nosotros les hicimos mucho antes.—Mezquino espediente por cierto, propio de ti y de tu imperturbable indiferencia: yo soy mas celoso de mi reputacion, y no deslustraré la gloria que he adquirido por una cobarde y vergonzosa desercion. Tengo todavia algun talento y sabré emplearle en un proyecto que aun no he madurado bastante, pero que de seguro será digno de mi nombre y de mi fama.

Yo no le oí desenvolver esa famosa concepcion de su cabeza, mas juzgando de su calibre por las circunstancias ya conocidas de su carácter y tenacidad, sospeché no muy bien de su naturaleza, y aprovechándome del aviso que la casualidad me había proporcionado, me despedí voluntariamente de la casa, previendo como sagaz veterano que mis amos no tardarian en darme sus dimisorias.

Después recorri todas las clases y profesiones del estado, desde el grave y circunspecto magistrado hasta el flemático y taciturno escribano; el médico lijero y decididor; el letrado puntilloso y locuaz, circundado de su erudicion y sus clientes; el comerciante artificioso y proyectista; la mojigata y el hipócrita; el rústico aldeano ennoblecido; el pechero afortu-

nado y el rico mercader cuya esposa cultiva las flores de su jardín, vive entre ellas y parece implantada en ese lugar como si fuese una de las bellas estatuas que le adornan. Poseía así todos los secretos de las familias, fui su depositario; me hallaba enterado en los pormenores de sus respectivas profesiones; sabía de memoria el protocolo formulado con que suelen presentarse en el mundo; y podía juzgar de las faltas que se cometen en la vida mucho mas seguramente que ellos mismos, como acontece á los que asisten de simples espectadores al juego, que suelen advertir muchas malas jugadas que se escapan á la sagacidad de los mismos interesados en la partida. Y tal me sucedia á veces que mas de una ocasion estuve tentado á gritar como fray Gerundio:—señora chille usted con mil diablos, que lleva la espada, si no quiere que penetre aquel caballero.

La fortuna, mujer al cabo inconstante y voluble, que se precia de la juventud y hace arcos de la vejez, me volviò el rostro para siempre echándome de si sin miramiento. Con los años, mi cuerpo se habia desenvuelto en todas direcciones, y era tal la enormidad de mi vientre y de mis espaldas, y tanta la espesura de mis carnes y la crecida elevacion de mis dimensiones, que nadie quiso admitirme á su servicio. Una multitud de otros caleseros mas jóvenes que yo se habian apoderado de la bella sociedad, y como con mi frescura y mis años habia tambien desaparecido mi antigua agilidad; apelé á mi último recurso y ajusté por mi cuenta una calesa de alquiler.

No era posible caer de mas altura, ni sufrir mas cruel desengaño de lo que son las grandezas humanas: yo el conductor hasta allí de todas las aristocracias sociales, la nobiliaria, la militar, rentista y literaria; yo que antes desdeñaba servir á los que por blason no llevaban escudos ó trofeos; yo en fin, que me consideraba como el Benjamin de los caleseros, ¡pobreza de mi estrella, ruda leccion de la suerte! me vi obligado á conducir la hez de la poblacion; al sucio marinero, al campesino brutal, al ebrio trajinante, al desmañado y torpe menestral; y en vez de flores y perfumes, cargaba con tercios de tasajo, legumbres y vituallas, cuando no se queria que mi calesa sirviese á mas ruines y vituperables oficios.

Me armé de resignacion y de constancia (para cuando se

habia de guardar la magnanimidad?), y tomé à empeño sobresalir entre los de mi clase. Mi ya larga esperiencia en el oficio, el fino tacto adquirido, mi ojo à lo Guillermo Tell, pronto me pusieron en estado de rivalizar con los mas aventajados en la carrera. Nadie era mas listo que yo en procurarse los mejores viajes: ninguno sacaba mas partido de los parroquianos, ni podia sobrepujarme en destreza y adulacion para ganarme su benevolencia; como nadie era mas perspicaz que yo para deshacerse de petardistas y malos pagadores. Tenia mis puestos determinados y era buscado à todas horas y por clases tan diferentes que el mio no era ya propiamente vivir. Otro Figaro entre los caleseros, mi nombre resonaba por todas partes; Domingo à los baños del matadero, —Domingo toma este tercio, —da la vuelta Domingo. —¡Domingo! ¿dónde estás Domingo? tal era la única armonia que sonaba en mis oidos desde el amanecer hasta las nueve de la noche; y tal la pesadilla que me hacia levantar sobresaltado en medio de mis sueños.

Rendido al cabo de tan penoso afanar me he refugiado por fin en esta casa, donde si no gozo ninguna de mis pasadas prosperidades; si à veces sufro el mal humor y la histérica condicion de la señora, los impetus prontos é irreflexivos del amo, las impertinencias de la niña, y las burlas groseras de tantos escribas sucios y chisperos; al menos me queda algun descanso mas (que bien lo necesitaba mi vejez), y el consuelo de dividir contigo mis pesares, y si es posible de salvar tu inesperta juventud por medio de mis pobres consejos, me decia Domingo conmovido y con un indefinible acento de terneza, del largo sendero de males y del furor de las borrascas que te esperan en este tempestuoso piélago del mundo. Todos cuando entramos en la primavera de la vida generosos, ó bien indiferentes como no sea à los goces y al placer, casi que ni nos ocupamos de las miserias de otra edad, y sucede que la aventuramos sin provecho: le sigue de cerca la vejez, y entonces la amarga esperiencia adquirida no recaba, ni tiene el poder de borrar lo que una vez se ha hecho: aquella viene ya muy tarde para nosotros y si de algo puede servirnos es solo para predicar con nuestro ejemplo à los demás por si nos alcanza al menos la suerte de encontrar algun convertido. —*El viejo desengañado.*

SECCION CUARTA.

POESIA.

Amor.

I.

¿Qué me importan del mundo los placeres,
de su espléndida gloria los reflejos,
ni del oro la pompa y los festejos,
mientras en la virtud viviendo adoro
la de ojos negros y gentil decoro?

Tuviera yo á baldon que de mi amada,
pura, modesta y en su edad de flores
ajaran la belleza mis amores,
yendo á verter en su inocente seno
en vez de casto amor crudo veneno.

Yendo á eclipsar el brillo de unos ojos,
cuyo dulce mirar roba la mente,
á deslustrar su candorosa frente,
y tanto daño por lograr la escasa
ilusion de un placer que breve pasa;

Nunca, jamás; mi acento enamorado,
la dulce comunión y arrobamiento
de dos almas le diga en pensamiento,
y ni una frase que al pudor sonroje
mi osada boca á proferir se arroje.

Mas si al pintarla mi pasión ardiente,
murmura entre sus labios un suspiro,
ó alguna lágrima en sus ojos miro,
ó adivino en la gaza que se ajita
un corazón que por mi amor palpita,

¿Qué me importan, oh mundo, tus deleites,
tu ambición y tus vanas correrías,

ni qué me importa que de mí te rías,
si en la virtud y en mi adorado cielo
cifrada está mi gloria y mi desvelo?

Una noche, del baile en el estruendo
y al compás de su música sonora,
embebecida estaba la que adora
perdido el corazon: nunca tan bella
en los campos del cielo brilló estrella.

Mas perdi mi sosiego al contemplarla
en brazos de la danza arrebatada,
y á la traidora, la infernal mirada
con que manchaba su virgíneo lustré,
un mozo vil, y vil aunque era ilustre.

Dijela al fin mi pena; y fué tan cuerda,
que hácia mi vuelta su modesta frente,
«sosiégate (me dijo tiernamente),
que por verte, bien mio, complacido
el baile, el mundo, hasta el vivir olvido.”

II.

Plácèle á ella desde entonces,
y soy mas dichoso yo,
allá en la noche tranquila
sin bullicio y sin calor,

De fresco ambiente bañada
y radiando inspiracion,
llenos de amoroso anhelo
hablarnos de nuestro amor.

A dicha entonces la luna
tiene el verter su esplendor,
que se goza en contemplarnos
tan amorosos los dos.

Ella linda como un cielo,
bañado el rostro en pudor,
llena el alma de ternura
y de cariño la voz;

Y yo de amores perdido
pintándole mi pasion,
con enamoradas frases
que nacen del corazon.

S. Massana.

A BELISA EN LA RETRETA.

Con luminar refulgente
 las estrellas y la luna,
 mostraron la hermosa cuna
 de las gracias en tu rostro:
 y al través de una mirada
 vi tu virol mas divino,
 que el lucero vespertino
 que en el piélago despunta.

Paso á paso te seguí
 y en tu faz fijé mis ojos,
 cual nuncio de los despojos,
 de un corazon que te adora:
 mil veces amor sagrado
 silencioso te juraba,
 al paso que se aumentaba
 el frenesí que me abrasa.

Minado de gloria el pecho
 en triste estado quedó,
 cuando tu hechizo eclipsó
 con tu ausencia mis placeres:
 y mis miembros decayeron
 al imperio del dolor,
 mas cual fuerte lidiador
 mis fuerzas recuperé.

Salté de amigo en amigo
 como al sol recién nacido,
 salta alegre y atrevido
 de flor en flor el sunsun:
 y mi pecho enamorado
 algun alivio encontró
 cual abeja que livó
 en el lirio temblorosa.

Las torres de tu imposible
 que cimentaste, mujer,
 en continuo padecer
 aniquilan mis amores:

pues las galas de la aurora
y glorias del mes florido,
al sepulcro enlutecido
deparan mis frias reliquias.

La mansion de los pesares
me somete á sus disturbios,
por mirar por vidrios turbios
tu infeliz adorador:
dando muerte sin piedad
á quien en calma serena,
se uniera con la cadena
á tu cuello de himeneo:

Si la pródiga natura
e gracias te coronó,
¿porqué tambien no selló
en noble pecho el candor?
¿Ella acaso ignoraria
que lo bello con lo afable,
un contraste favorable
modelan en el viviente?

¡Qué placer inesplicable!
qué contento! qué alborozo!
si tu rostro tan precioso
el reposo me tornara!
si tu cruda adversidad
escucha mi clamoreo,
coronando mi deseo
con un venturoso *si*.

F. M. Ramirez.



LA DESPEDIDA DEL TROVADOR,

Oye por la vez postrera,
mujer mi canto de amor,
y has mofa de mi dolor
si no te importa que muera
con su lira el Trovador.

Oirás la cancion funesta
de un corazon que te adora,

y el erguido cuello enhiesta,
que tal vez nada te cuesta
burlar á un hombre que llora.

Porqué nada vale el llanto
para ablandar tu desvío,
ni qué importa mi quebranto
si tu dirás: «yo me río
mientras él me quiere tanto.»

Jóven es, pero la suerte
rugó mi frente aun muy niño,
por eso el pensar me advierte
el porvenir en la muerte
y la muerte en tu cariño.

Por eso es negro mi oriente,
y amarillo mi semblante,
y se pintan en mi frente
entre el horror de la mente
los delirios de un amante.

Si quieres saberlo, ven,
toca sobre el corazon
hecho un volcan, y la sien
un infierno, confusion
aun mayor que tu desden.

Tiende la mano, y verás
quemar sin haber tocado;
tiéndela, sí, y temblarás,
que este fuego se ha creado
para el que siente no mas.

Mas no juzgues que es rogarte
quejarme de tu desvío,
puedes muy bien desviarte,
que el que yo pueda olvidarte
no está en el destino mio.

Y así quererme burlar
con tu amor, es vilipendio,
pues cuando se sabe amar,
hay en el pecho un altar,
y en el altar un incendio.

Que amor es un frenesí,

un delirio que no espera,
 es una tormenta, sí,
 es un furor, una hoguera
 donde me abraso por tí.

Es un fuego superior
 que se siente sin buscarse,
 un arcano del *Señor*,
 que nunca podrá pintarse,
 porqué no tiene pintor.

Que no le puede sentir
 ningun corazon bastardo,
 que en los goces del vivir
 muy pocos saben sufrir
 lo que por tí sufre el bardo.

Que amor en los ojos gira,
 late con el corazon,
 respiramos si respira,
 vida, gloria, inspiracion,
 todo á sus plantas se mira.

Ya sabes lo que es amar,
 pues bien, confiesa, señora,
 que te has querido engañar,
 y que de entonces á agora,
 no has hecho mas que soñar.

Y pues que tanto me cuestas
 para arrancarte del pecho,
 por lo que fueron funestas,
 has mofa de tus protestas,
 que bastante mal me han hecho:

¡Oh! quien no hubiera nacido
 porqué visto no te hubiera,
 que si no hubiera existido,
 jamás hubiera querido,
 ni tanto dolor sufriera.

A Dios recuerdos de ayer,
 vuestro porvenir es hoy;
 bellos por cierto ¡oh, mujer!
 tú soñabas el placer,
 yo el desengaño en que estoy.

F. Orgaz.

SECCION QUINTA.

VARIEDADES.

La Joven de la Flecha de Oro.

(CONTINUACION.)

El mozo, que era fino, locuaz y ducho en el manejo de comprar y vender, y encarecer por las nubes la bondad de las cosas que vendía, empezó á desdoblar piezas sobre la mesa con mucho de aquel desembarazo, gracia y prontitud que saben emplear ellos cuando quieren seducir al comprador, mayormente si es mujer. Por supuesto, después de hablar largo y tendido sobre las telas mas de moda entre señoras y caballeros, pasó á las fábricas, telares y al comercio, tocando de paso en lo sobrecargados que estaban de derechos los artículos de puro lujo que se introducían en la Habana, para venir á parar por tales atajos y rodeos en el asunto de sus rasos, que ponderó como lo mas esquisito en su clase.

Don Simon, que cejijunto y con las manos atrás, le escuchaba de pié, no muy distante, le preguntó con mucha calma:—¿Y á eso llama usted raso, amiguito?

—Sí, señor;—contestó el jóven con prontitud, y un sí es no es corrido ó maravillado (á manera de mercader se entiende) de que hubiese, no digamos allí, en el mundo, quien le sostuviera lo contrario: pues á la cuenta él creía, á fuer de mu-

chacho, habérselas con legos enteramente en el conocimiento de telas.

—¡Qué ha de ser raso! replicó don Simon lleno de cólera. Ni con cien leguas! Si me vendrá usted á enseñar ahora lo que son rasos, cuando he encanecido tras el mostrador! Sepa usted que mi primer oficio en esta tierra fué el de la vara. Yo, como quien dice, fui el primero que trajo rasos aquí; y no de Francia, ni de Leon, ni de Flandes, ni de Hamburgo, ni de ninguna de esas fábricas que usted cita de memoria, sino de Murcia. ¿Se espanta usted? Sabe usted donde los vendí todos, vara por vara, y muy rogado?—en la tienda de la***. Pero aquellos si eran rasos: anchos, tupidos, todo seda, fuertes, que podian hacerse velas de navío con ellos; y no sus rasetes, que parecen telitas de cebollas. Tome usted mi consejo: venda usted la liebre por liebre, y el gato por gato, y no venga acá á comulgarnos con ruedas de molino, que le estará mejor.

—Concedo todo lo que usted dice, caballero, repuso el mozo algo cortado. Pero usted no me negará que si estos rasos ó rasetes, suponga usted, no tienen el cuerpo ni la fortaleza de los que usted vendia en la tienda de la***, tienen al menos mas brillantez, mas delicada la obra y mas soltura.... Ligereza quise decir, añadió el jóven de pronto viendo que Alegrías iba á replicarle.—Calidades indispensables que deben encontrarse en esta clase de telas para que sean de recibo, y propias para vestidos de señoras.

—¿Y á cómo pide usted por la vara de este? le preguntó Paulina con amabilidad. Y al mismo tiempo levantaba en el brazo izquierdo, entre el mozo y su marido, la tela por un extremo, con el fin de que no se viesen y callaran, si no bastaba la mediacion de su voz.

—¿De cuál quiere usted?

—¿No le digo que de este?

—Bien imaginaba yo, añadió el mozo ya en su aplomo, con sonrisa de satisfaccion, que ese había de preñarle con preferencia á los demás. Tengo tino particular para conocer cuales son los generos de mayor agrado á las señoritas. Tambien es innegable el buen gusto de usted. Mire usted el fondo color de caña suave de este raso, da tal gracia y resalte á las rosas flor de romero de su labor, que quizá, quizá es de lo mas es-

traño y de gusto que viene en verbo de raso. Puedo asegurarle que esta es la última pieza que nos queda de la gran partida de rasos que se trajo á la tienda la semana pasada; porqué todos se han vendido en un momento. ¡Oh! Crea usted que tienen mucha salida; hasta para chalecos de hombres. Ayer mismo vendi siete cortes de vestido para varias señoras de lo principal de la Habana. Tres á las señoritas Espejo; dos á la esposa é hija del general Guerra; uno á la señora condesa del Salon, y otro á la viuda del doctor Legajo. Todos siete para el gran baile de rigurosa etiqueta que piensan dar mañana al príncipe de Joinville en la Sociedad Filarmónica.

Paulina al oír esto, sin saber porqué y sin poder disimularlo, se puso encarnada como una rosa, bajó los ojos, é hizo que examinaba otras piezas sobre la mesa. Fortuna suya que don Simon ya habia vuelto la espalda y comenzado á pasearse, aburrido de la incansable charla del mozo; que si no, sabe Dios qué sospechas le hubieran entrado de este, y del enrojecimiento de las mejillas de su mujer.

—¿Pero cuánto quiere usted por la vara del raso? Volvió ella á preguntarle, ya tambien impaciente, aunque por muy diversa causa de la de su marido.

—Mire usted primero, señorita, la calidad de este raso, su brillo y esquisita labor, para que luego....

—Ya le tengo bien mirado. Dígame usted, cuánto vale.

—Pues, señor, lo menos, menos á que puedo dárselo, y eso por ser para usted, que yo sé que es persona de gusto, que lo entiende y marchante de la casa, perdiendo un ciento por ciento, es á catorce reales vara.

—¡Cá! Esclamó don Simon en tono despreciativo al eco de las últimas palabras del vendedor. E incorporándose otra vez á la mesa, dijo:—Mire usted, camarada, no me espantan los catorce reales que usted pide por la vara de raso, porqué el año de 9 y 10 yo le he vareado á seis duros. Si, señor, á seis duros: de lo que me espanto es de que quiera usted á la fuerza hacernos tragar por raso, lo que en toda tierra de cristianos se ha tenido siempre por rasete francés; y eso muy malo, como si dijéramos sarga ó jerga.—Y volviéndose para Paulina, añadió:—Mujer, despacha á ese hombre, para que se vaya á robar á Sierramorena. ¡Catorce reales! No faltaba mas. Era

preciso estar loco, borracho, ó qué sé yo cómo le diga á usted, para pagar la vara de rasete á catorce reales. Yo haré que mañana ó pasado te traigan de casa de Mañero veinte ó treinta piezas de raso, de lo mas rico que viene á la Habana; y entonces podrás escoger un vestido á tu gusto y satisfaccion, Despáchale, que estará perdiendo tiempo tal vez.

Confusa, turbada, afligida Paulina, sin poder resolverse, estuvo un corto espacio mirando alternativamente, ya al mozo, ya á su marido, ya á la tela; é iba en fin á abandonarla en las manos de aquel, cuando sintiendo las pisadas de alguien que entraba por la puerta de la sala, volvió el rostro y se encontró entre los brazos y ardientes labios de su hermana Orosia, que acababa de llegar con Anacleta.

VI.

¡Cuánto ignora, cuánto yerra
en esta parte el honor!

.....
y es como el que halla en un libro
borradas algunas letras,
que por solo estar borradas
le da mas ganas de leerlas.

CALDERON.

De cuatro personas estrañas que se hubiesen hallado presentes al frio saludo que se hicieron la cuñada y el cuñado, aun desde los brazos de Paulina la una, y desde el medio de la sala el otro, acaso tres no hubieran advertido mas que un poco de encogimiento juvenil en la primera, y mucha sequedad de condicion en el segundo; pero Paulina, que estaba sospechosa, y vió ó creyó ver, realizadas en aquello solamente, todas las cosas que le había referido la mulata, cuanto por no quedarse sin el corte de traje, llamó la atencion sobre los rasos, que el mozo ya envolvía aunque despaciosamente.

—¡Ay! Qué preciosos! Esclamó Orosia apenas los hubo visto. Particularmente este color de caña, con obra de flor de romero, es de lo mas estraño y lindo que se imagina.

—Tienes mi mismo gusto; le dijo la hermana al oído. Yo pensaba hacerme un túnico de ese, y comprarte otro; pero nos ha parecido caro lo que piden por la vara, y me veo casi precisada á renunciar á él.

—¡Qué disparate, Paulina! Pues cuando á mí me gusta una cosa verdaderamente, no me paro por todo el dinero del mundo: se entiende, como le tenga.

—Esa eres tú, que tu voluntad es tu ley: replicó sonriendo con cierta melancolía.

—Y todas las que no se dejan avasallar y morir, como alguna mujer que me sé y callo: añadió la otra irónicamente. Mas de pronto, volviéndose al mancebo, dijo:—¿Cuánto quiere usted por la vara de este raso?

—Catorce reales; respondió secamente, ya molesto quizá del modo brusco con que le había tratado don Simon.

—Me parece mucho.

—A mi poco, señorita. Cada uno arrima el ascua á su sardina. No puedo darle mas barato. Mire usted bien su calidad, y no le parecerá tan caro. Crea usted que le damos al costo, que no ganamos nada, que por decirlo así, nos perdemos miserablemente: apenas sacamos el flete, conduccion, derechos de aduana, gratificaciones, etc. Si este fuera de esos rasos que vienen en pacotilla....

—No venga usted penderándole, que no pasa de regular.

—No diré que es el *non plus ultra* de los rasos; pero usted que, segun parece, es conocedora, no podrá menos de convenir en que....

—¿Hace usted, ó no, alguna rebaja? Volvió á interrumpirle Orosia con viveza y gracia.

—Mire usted, señorita, por vender algo y porqué no se diga de mí que tengo palabra de rey, y que aun habiéndose usted interpuesto nada se alcanzó, ofrezco hacer la rebaja de un real en vara, siempre que me tomen mas de un corte de vestido. Ya ve usted que hago de mi parte cuanto es posible para que ustedes no queden disgustadas.

En fin, tras gran charla, regateo, subir y rebajar precios, aunque jurando que se arruinaba, vino en ceder la vara de raso á doce reales, dos menos de lo que al principio estimara; y en consecuencia, midió y partió dos cortes de vestido. So-

bre la paga, hubo tambien entre las hermanas su porfía, si bien en secreta voz. Alegaba Orosia que por ella se había resuelto al cabo á comprar los vestidos, y que así le correspondía pagarlos; Paulina alegaba igual derecho, y á mas el incontestable de haber sido la primera en desear su adquisicion, y en hacer venir á su casa al mancebo con las telas. Por último, dijo en voz que pudiesen oírle todos los presentes:— ¿Quiéres hacer una cosa, alma mía? Ahora recuerdo que aun guardo en mi costurero diez onzas de oro de las doce que me envié papá en clase de cuelga el 22 de junio, que es mi santo. De ese dinero tomaremos para los vestidos; con eso, ni á tí te queda el disgusto de no haberlos pagado, ni á mi tampoco, pues suponemos desde luego que es papá quien nos los compra.

El menos malicioso, sin duda, creará ver en las últimas palabras de Paulina una sátira contra la tacañería de su marido. Si fuese esa su intencion, no lo contradecemos, mas tampoco lo aseguramos, porque en la índole mansa y condicion generosa de ella, no pensamos que cupiese tanta amargura. El deseo de comprarse el vestido, junto con el compromiso en que la puso la hermana, la obligaron á recurrir al dinero de su cuelga para zanjar las dificultades; de modo que si al hacerlo así, hería de rechazo el amor propio de alguien, culpa no era suya que descollara tanto su generosidad al lado de la mezquindad de Alegrias. Lo que podemos asegurar á nuestros lectores es, que este, bien fuese que no lo oyera, bien que se hiciera el desentendido, puesto que no tocaban en su bolsa, ni en su *pellejo*, no arqueó una ceja, ni le tembló el labio inferior, ni siquiera se removió de la banqueta del escritorio, donde se había sentado desde que las dos hermanas entraron en ajuste con el mozo de las telas. Aun mucho después que ellas recogieron sus cortes de vestido, y se entraron por los cuartos hablando en sus cosas con bullicio, él se mantenía firme en su puesto revisando unas cuentas, tan ajeno de lo que allí pasara, de lo que dijo y de lo que oyera, como de la primera camisa de lana que vistió en las frias montañas de su país natal.

Mas dejemos á don Simon á vueltas con sus libros de comercio, y vamos tras la mujer y la cuñada que son algo mas interesantes. Así que se hubieron abrazado, besado y *chiqueado* mucho, sentáronse muy juntas, cual dos palomas en una mis-

ma rama, y comenzaron el siguiente diálogo:—¡Pícarona! le dijo Paulina. ¿Conqué ya ustedes me tenían tan olvidada, qué es preciso que yo las mande llamar para que vengan á verme?

—¡Ay! china! No hemos podido. Ya has visto las aguas, que no le dejan á uno asomarse á la ventana, cuanto mas salir á la calle.

—¡Anda! Eso no es obstáculo, para ustedes al menos, que tienen carruaje. Yo sé que el lunes pasado estuvieron Carlota y mamita en casa de Ritilla, y el miércoles Gabriela y tú en la quinta de Chaves. No sé que esas personas sean mas queridas de ustedes que yo.

—La verdad, hija, repuso Orosia en tono bajo y con cautela, viéndose cogida en una mentira; á nosotras nos han contado que á tu marido no le gusta que vengamos acá. Yo no le he dado entero crédito; pero mamá dice que, por sí ó por no, bueno es que nos abstengamos, al menos hasta que se averigüe lo cierto.

—Y haces bien en no creerlo, Orosia; pues aunque Simon es así como Dios le ha hecho, y aunque tiene sus impertinencias y dureza de carácter, yo conozco que en el fondo él es bueno. La mulata me relató lo que le habían contado á ustedes atento á lo que dicen por ahí que decia Simon. Yo le he examinado bien, y cada vez me convenzo mas que no es otra cosa que hablillas y cuentos de algun ocioso que nos quiere mal, y desea vernos divididas. Porqué, ¿en qué pueden ustedes perjudicarle con venir acá?

—¿En qué? A su juicio en mucho. Pues te sacamos á paseo, y te venimos á distraer de las tristezas que debes sentir en este encierro, dado que á la cuenta él lo que trata es de que nadie te hable ni te vea.

—Conversemos de otra cosa: le interrumpió Paulina, lastimada de las razones de su hermana.

—Sí, mejor será; porqué yo me indigno de pensar en eso solamente.

—¿Y la mata de claveles (continuó aquella variando de tono y de conversacion con la facilidad que saben las mujeres) que yo regaba todas las mañanas en la azotea, ha dado muchos claveles?

—Ni uno, hija. Desde que tú saliste de casa nadie cuida de

ella: los gatos también parece que le han arañado el tronco, de manera que creo se secará.

—¿No has oído decir nada del baile que van á dar mañana en la Sociedad Filarmónica al príncipe de Joinville.

—¡Ay! Con la conversacion y la alegría de verte, ya se me olvidaba decirte que estábamos convidadas; y solo llamándome tú hubiera venido, pues estaba concluyendo á toda prisa un túnico para ese mismo baile.

—Ustedes, por supuesto, ¿no se habrán acordado de mí?

—Mucho que nos acordamos; pero como tu marido es tan opuesto á bailes, presumimos (no yo, ni Carlota), que era inútil decirte nada.

—Pues sábetelo que tengo, así materialmente, hambre de ir á un baile, y á ese de mañana con tanta mas razon, cuanto que será el primero y el último de su clase que veamos aquí, al menos yo.

—¿Porqué no se lo indicas á tu marido, siquiera por ver qué cara pone? Es presumible que tú, que eres así, tan boba, no le hayas dicho ni palabra.

—Es verdad. Pero no sin razon. Como él es tan celoso y tan desconfiado, bastaba que yo le indicara el deseo de ir á la diversion, para que se opusiera al momento. No sucedería lo mismo, si una persona indiferente, por ejemplo, tú...

—¿Yo? Y para eso me has mandado llamar? le atajó Orosia con viveza.

—¡Ingrata! Suponte que fuera para eso solo, ¿tendría algo de particular ni extraño que yo te pidiese este pequeño favor, y que tú me le concedieras?

—Si tiene, y mucho, hija; porque tú sabes muy bien que don Simon nunca ha entrado en mi reino; y yo creo que á él le sucede lo mismo conmigo, de modo que es casi seguro el desaire.

—Te digo que no, Orosia. El te quiere mucho: siempre me ha hablado bien de tí. Dice que á pesar de ser tú tan niña, por tu juicio, tu asiento y tu compostura, pareces una señora de respeto.

—Ni por esas, china, me engatusa ni me entra el vejete.

—Vamos, ¿conqué no se lo dices?

—No me atrevo. Mira: lo único que puedo hacer en tu fa-

vor, es empeñarme con papá para que le hable y reduzca á que te lleve al baile, que yo estoy segurísima que don Simon no le dice que no.

—¡Ah! Qué buena idea! Yo no había pensado en ello. ¿Pero tú crees que papá le hablará?

—Mucho, mucho. Nada menos ayer tarde me preguntó por tí, que si sabía que tú ibas, y que si te habían participado que nosotras estábamos convidadas.

Por último, de la entrevista salió que las dos hermanas acordaran y concertaran esto:—Que Orosia se empeñaria con su padre para que aquella misma noche viniese y redujese á don Simon que llevara ó dejara ir su mujer al baile de la Sociedad; que en caso de negarse por falta de papeleta ó de caruaje, se le proporcionaria una cosa y otra, pues la tenían; que ella dejaría el vestido empezado, para hacerse uno de los dos que compraron allí é ir vestidas iguales. Y mientras llegaba la hora de comer, y la en que Orosia se volviera á su casa para dar comienzo á su comision, entre ellas y la mulata en un santiamen trazaron y cortaron los dos trajes, poniéndose desde luego á coserlos pricipitadamente, aunque con sigilo.

En efecto, vino la noche, y con ella don Prudencio Cifuentes, cosa de las oraciones. Don Simon estaba ya preparándose para salir, de modo que la llegada del suegro, sobre inesperada, pasaba á ser importuna, porque él tenía por máxima no detenerse por nadie, ni torcer su intencion una vez hecha: pero el tiempo que no se veían, la circunstancia de venir á su casa, junto con la estimacion que le profesaba, hicieron que en su favor, por la primera vez, quebrase la regla y le recibiera con menos disgusto. Paulina, en cuanto oyó la voz de su padre, salió del cuarto, donde aun permanecía cosiendo, pidióle la bendicion, preguntole por la familia, hablóle de algunas otras cosas con amor, y pretestando quehaceres domésticos, fuese y le dejó solo con su marido, y se puso á escuchar lo que conversaban, oculta tras las romanas del balcon, como solia hacerlo la mulata en ocasiones semejantes.

¡Oh! Mas le valiera no tener oidos, ó no haberse puesto en el escondite. Si alguna vez la curiosidad femenil ha sido fatal, nunca como esta de ahora para la infeliz de Paulina. ¡Cómo todas sus ilusiones de amor, de virtud y de gloria, cayeron y

se deshicieron ante la lógica ruda y los sarcasmos de aquel hombre, cuyo corazón parecía cerrado á todos los afectos tiernos, y cuya cabeza negada á todas las convicciones de la ciencia y de la razón! Para él no había amor, ni virtud, ni caridad. A su juicio, en el mundo todo se resolvía en egoismo, en interés solapado, en malicia, en falsedad, en traición, en engaño y en lujuria: los hombres, á sus ojos, eran un compuesto horrible de soberbia, insolencia, venganza, hipocresía y maldad. En comprobación de ello, citó como altamente inmorales y deshonestos los bailes; tachó de libres y muelles las costumbres; de venales los jueces; de pródigos los hijos de familia; de holgazanes y falsas las hijas, y de descuidados los padres. Toda esta charla y balumba de cosas ¿para qué? — Para resistirse á la propuesta que le hicieron de que fuese y dejase ir á su esposa á un baile de la alta sociedad.

Mas es lo bueno, que tomándolo don Prudencio á burlas, ó tal vez á locuras de su yerno, pues no era nuevo para él que desbarrase por el estilo, si bien con menos desembozo, rióse de ganas al oírle, con lo cual mas y mas se le irritó la bilis. Dijéronse sendas pesadeces en el calor de la disputa; y cuando todo parecía anunciar un trágico remate, hete aquí que se abrazan llamándose el uno al otro paisano y compañero, como lo hicieran dos cómicos que poco antes se asesinaran en las tablas; celebran las paces con un par de tragos de lo tinto; citanse para el otro día en el siempre memorable sarao dado al Príncipe, y dejan allanadas todas las dificultades. Que fué un raro y laudable vencimiento de la franqueza contra la suspicacia, de la generosidad contra el egoismo de don Simon; el cual, no pudiendo con él, se lo echaba á los demás hombres á cuestras.

Sin embargo, perdido parecía el fruto de la reñida discusión entre el suegro y el yerno, si reparamos en que Paulina, viéndose atacada en sus inocentes y albagüeñas creencias de mujer, ridiculizada y mofada en sus raptos y sueños de poeta, por el mismo hombre á cuyo destino se sentía unida para siempre; — llena de despecho y amargura, le faltó el valor, y alejose casi muerta del escondite que para su mal escogiera, arrepentida enteramente de haber intentado ir al baile. Es de notarse, que á la malicia de don Simon no pudo esconderse, por el aparecimiento repentino de Orosia de mañana, y luego el de su

padre por la tarde, que todo aquello lo habia movido y manejado su mujer; razon para la tenaz resistencia que manifestó al suegro. Por manera, que cuando al otro dia vinieron don Prudencio, Orosia y Carlota en busca de Paulina, y la encontraron tan desapercibida; si á ellos les causó grande admiracion, á él enojoy disgusto, porqué juzgaba que era hipocresia y disimulo de la mujer para ocultarle sus verdaderos deseos.

Y hubiera ella seguido en su porfia de no ir al baile, si ya no le hicieran mucha fuerza la presencia de sus hermanas, junto con sus instancias; que para mejor persuadirla, en el pomposo y fácil lenguaje de las mujeres entusiastas, mientras la ayudaban á vestirse le pintaron los mil motivos de placer y divertimento que esperaban disfrutar, y las cosas nuevas que habria que ver. De suerte, que si no lograron disiparle del todo el caos moral que habia introducido de un modo indirecto en su cabeza don Simon, al menos alcanzaron que se alegrase y animase un poco. — Con esto, ataviada y prendida, luciendo á maravillas las gracias de que el cielo la dotara, aun no marchitas por los disgustos domésticos, salió á la sala, donde ya la aguardaba impaciente su padre y hasta su mismo marido.

Aunque parezca aquí ocioso, diremos, que las tres hermanas, por disposicion de don Prudencio, se entraron en el carruaje; y este á pié, y en buena paz y compañía de su yerno se dirigió á la sociedad, en cuyo portal se reunieron á doña Dolores y Gabriela; las cuales estaban por demás molestas y asustadas, no sabiendo á qué atribuir la tardanza de aquellas, pues habian acordado de antemano que Paulina esperase vestida á Carlota y á Orosia. Motivo fué este para que en cuanto se viesen padres, hermanas y yerno, armasen su disputa, y para que la que se conceptuaba como la causa verdadera, recibiese doble pena, tras las que ya oprimian su tierno corazon. Sin embargo, después de algunas aclamaciones, de los retoques que dieron las muchachas al tocado y al vestido, por si el quitrin en algo les habia descompuesto, y del aire grave que tomaron los padres, en la apariencia alegres; de dos en dos emprendieron subir las anchas escaleras de la Filarmónica, en medio de un tropel confuso de mujeres y hombres.

VII.

Cuanto al amigo, confío
que os he respondido ya;
cuanto á la dama,
fuerza y no mudanza fué,
oidla vos, que yo sé
que ella se disculpará.

CALDERON.

Acontécirole á Paulina lo que á todos aquellos que les vendan una cosa, y de improviso la alcanzan; lo que al religioso que abandona alguna vez su celda y se entra por el mundo: experimentó un aturdimiento ó enagenacion de naturaleza tal, que al pronto le privó de ver distintamente los mil variados objetos que la rodeaban. Bien es que el sarao era de lo mas suntuoso que ha visto la capital, la juventud asistente, por su hermosura y sus trajes, la mas gallarda y lucida que encierra Cuba. Así que, si de alguna cosa podían quejarse, era de la excesiva concurrencia que la novedad del Principe había atraído; que fué causa para que en el salon hubiese tres estrados de señoras, sin contar con los corredores, tanto del interior como del exterior, los cuartos, las puertas y ventanas, que se veían obstruidas por infinidad de caballeros, que ó no encontraron asiento, ó preferían estarse de pié por gozar de todo y huir del calor, que crecía al compás de la concurrencia.

En toda diversion ó acto público, sabido es que los pos-treros llevan la peor parte. Ni mas ni menos sucedió á don Prudencio y su familia; pues á excepcion de Carlota y Orosia (que puede decirse así), por jóvenes y por lindas alcanzaron dos sillas del primer estrado, doña Dolores, Gabriela y Paulina tuvieron que contentarse con tres que la oficiosidad (aquella noche rara) de Alegrías, pudo proporcionarles en el hueco de la puerta de la derecha, que está entre el corredor del nacimiento y la sala. Pero bien que mal, las señoras lograron acomodarse, y los hombres que las habían conducido era de esperarse que trataran de hacer otro tanto, lejos del bullicio y confu-

sion que ocasiona por lo regular la juventud cuando se prepara para entrar en danza. Don Prudencio, que ciertamente por sus años y trabajos no se sentía en ánimo de gozar la vista del baile á pié firme, fué el primero en hacer al yerno la propuesta de retirada á las posesiones interiores. ¡Cuál no sería su sorpresa al recibir por contestacion que deseaba estarse allí, aunque incómodo, por tal de ver algo!—¿Qué es eso? le dijo. Parece que ya le van entrando á usted los bailes. Cualquiera creería que esperaba usted casarse y traer á su esposa á un baile, para aclimatarsen en el país, señor don Simon. Y si es así, á fé que lo celebro mucho.

—No tendria nada de extraño, replicó en tono áspero, que al cabo de tanto tiempo como hace que como pan en esta tierra, al fin me fuera acostumbrando á sus usos y costumbres.

—Precisamente todo lo contrario me decía usted no ha muchos meses... ni muchas horas tampoco. Y eso es lo que me causa novedad.

—Lo que yo le dije á usted, señor don Prudencio, y lo que le diré siempre, es que estas diversiones son fatales á las mujeres, en especial por la clase de jóvenes sin comedimiento, galanteadores y seductores de profesion con quienes se rozan. Es decir, que no repruebo el uso, sino el abuso.—¿Está usted?

—Si no está usted trastornado, señor don Simon, recordará que no hizo distinciones de ninguna especie.

—En cuanto á casadas, es verdad que no las hice: porqué soy de opinion que la mujer que se casa, amigo mio, debería, como la que se mete monja, hacer voto solemne de renunciar al mundo y sus placeres.

—Siempre hemos de andar nosotros encontrados en estas cuestiones. A mi se me figura ver, con especialidad en la contradanza, la cosa mas inocente del mundo, tanto aquí como en Inglaterra, en Francia, como en España, y usted no. Lo particular del cuento, y lo que me hace mas donaire, es que me dice usted con los labios una opinion que sus mismas acciones desmienten.

—¿En qué manera?

—¿No le estoy invitando á usted para que vayamos á buscar un poco de aire por otra parte, pues aquí nos abramos de calor, y usted no quiere moverse? Qué quiere decir esto? O bien,

si no es el deseo del baile lo que le detiene aquí, permítame usted que crea es la curiosidad de ver al príncipe de Joinville.

—¡Al Príncipe! exclamó don Simón poniéndose como la grana. Mal me conoce usted, señor don Prudencio.... Vamos, vamos donde usted guste.

Y habiéndose acercado al oído de su mujer, tras de cuya silla pasaba esta escena, hablóle un corto rato en muy baja voz. Luego se disponía á seguir á don Prudencio, cuando este poniéndole la mano en el hombro, le dijo:—Es que yo no fuero á usted, amigo mio. Usted puede quedarse si así le está mejor, que yo me iré solo donde encuentre otro aire y otro espacio.

—No señor, no se irá usted solo, repuso don Simón. Y mientras le sujetaba por un brazo, volvió á hablar á su mujer al oído: la cual bastante enojada:

—¡Jesus, Simón! exclamó. ¿Cuántas veces me lo has de decir? No bailaré. Bien sabes tú que no he venido á eso.

Con cuya promesa, un tanto mas tranquilo, salió Alegrías en busca del suegro, que se le habia desprendido, y ya penetraba por medio el inmenso gentío que henchia el salon. Y juntos, y platicando sobre cosas varias, fueron á dar consigo y con su platica al rededor de las mesas cubiertas de manjares, ó útiles de juegos licitos, que habia en los cuartos del interior de la casa.

Dejemos por ahora al suegro y al yerno en libertad de hacer y decir cuanto les venga en talante, y volvamos al baile, que él y Paulina nos llaman.

Quedó esta con una desazon, inquietud y sobresalto tal, que no le permitia mantener por un segundo una misma postura, ni la vista fija en un solo objeto. Cualquier persona entonces, por poco conocedora que se suponga en achaques de fisonomías, que hubiese estado observando la suya, fácilmente hubiera podido penetrar todo lo que pasaba en su corazon. Tan pronto se veían sus ojos y su frente iluminados por un rayo de esperanza ó de alegría, tan pronto oscurecidos por una nube de tristeza y desconsuelo. Ya parecía querer levantarse sobre todos los que la rodeaban para alcanzar mas allá del pensamiento, como abatirse donde no la viera ninguno de los muchos, que en la apariencia alegres, ó bailaban ó conversaban, ya á

una señorita, ya á una señora. Otras veces tapándose la cara con cierto disimulo, como que huía de aquella reunion, y buscaba en otros lugares y en otra época, no muy remota, memorias mas gratas que libertaran su alma de un enorme peso que la oprimía. ¡Y cuántas veces, creyendo que alguien se le acercaba por detrás, no volvió el rostro asustada! Para desgracia, ó fortuna suya, hasta doña Dolores aun se mantenía seria por resulta de lo sucedido anteriormente, y no le hacía gran caso. Gabriela harto ocupada de los trajes y prendidos de las infinitas mujeres que tenía delante, tambien apenas podría atender á otra cosa. De suerte que Paulina, mil veces estuvo tentada de llamar á su marido y marcharse del baile; y lo hubiera puesto por obra, si tuviera allí á quien mandar en su busca, y si la llegada del Príncipe, que en un instante circuló por todas partes, no cambiase el curso de sus ideas ó imaginaciones.

Y así como cambió el de las de Paulina, preciso es que digamos que cambió, mas que menos, el de mil otras mujeres y hombres que bullían en el sarao, pues es cosa bien sabida que hasta la danza cesó. Los mas curiosos, que se revolvían estrechos en mitad del salon, hicieron alto, formando dobles filas y grupos delante del estrado de las señoras; y muchísimas de estas entonces tanto ó mas curiosas que aquellos, se pusieron de pié sobre las sillas, para ver siquiera el rostro ó la melena rubia del Príncipe. De este número fué una, Paulina, aunque no acertemos á descifrar si movida por otro deseo además del que guiaba á la multitud: lo cierto es, que al tiempo de subirse á la silla se adelantó un jóven de aventajado porte, y le presentó la mano para que se apoyara. Inclínó ella la cabeza con el fin de examinarle y darle las gracias por su cortesía, cuando reconociendo en él á Jacobo, estuvo en poco que se viniera á bajo de la impresion que le causó. Así que, no hizo mas que tender la vista por cima de la muchedumbre de cabezas que seguían á una los menores movimientos del Príncipe, y volvió á sentarse de allí á un segundo, aun no repuesta del sobresalto.

—Después del placer que siento al verla á usted aquí, le dijo Jacobo casi tan conmovido cual ella misma, no puedo menos de confesarle que me causa estrañeza.

—¿Esperaba usted por ventura, que me casara tan joven para renunciar enteramente al mundo?

—No, precisamente renunciar al mundo, no señora; pero los cuidados domésticos, los nuevos deberes y nueva dependencia, en que por lo comun entra la mujer que toma estado, temí, la verdad, retrajeran de las diversiones, con mayor razon á quien como usted se manifestó desde un principio muy doco aficionada.

—Aficion no me falta ni me ha faltado nunca, lo que tiene es, que por causas que no acierto á comprender ni explicar, me he visto separada de las diversiones, y á mi juicio, y poco á poco, para toda la vida....

—Se ha casado usted tan joven, como usted misma dice, y el cielo la adornó de tales.... gracias.... que no es mucho que quien ganó su mano y su corazon (á juzgar por las apariencias), le coarte la libertad....

—¡Ah! Las apariencias! exclamó Paulina agarrando la ocasion por los cabellos. ¡Y cómo juegan los hombres con las apariencias! Cuán pocas veces nos favorecen las apariencias! Cuántas nos condenan! En mi temprana edad, para mi mal, he aprendido que ustedes los hombres casi siempre son apasionados jueces cuando se trata de juzgar á una pobre mujer culpable en la apariencia. Y hasta usted, usted que por amigo de mi hermano y por moderado, esperaba mas rectitud de juicio, mas imparcialidad, he sabido que es el primero á condenarme, qué sé yo por qué.

—¡Yo, señorita! Repuso Jacobo agitadísimo. ¿Yo, que desde aquel baile de la Habana, en que estuvimos ambos, se puede decir que no vivo, agoviado de males y pesadumbres la mitad del tiempo, y la otra mitad sumido en el campo, lejos del trato de los amigos, y hasta de la sociedad? Yo que siempre la había tenido á usted como cosa del cielo, á que no era fácil llegar con humanas fuerzas? que apenas he oído su voz? ni he visto, se puede decir así, otra cosa que su sombra al través de celosías ó cortinas?... Mal juez era por cierto para juzgarla á usted; mejor dicho, no he podido ser nunca el que la condene ó la absuelva.

—Pues las *apariencias* le envuelven á usted. Y lo que mas me duele y en el alma siento, es que el fallo haya sido público.

—¿Eso mas, señora? Esplíquese usted por Dios, que me tiene en ascuas.

—¿No es de usted una poesia que publicaron los *Diarios* la semana pasada?

—¿Cuál, cuál?

—¿Gusta usted que le refresquen la memoria?...

—Deseo que usted me saque de una duda cruel.

—....El *corazon comprado*.

[—No; dijo Jacobo con firmeza.

—¿No? preguntó Paulina temblando de cólera.

—Cien veces no; repuso él cada vez mas sereno y firme.*

Y el rostro de la jóven se tiñó de carmin, porque conoció que acababa de dar un paso imprudente, esto es, de descubrir toda su flaqueza á un hombre, ya ella sabia, á no dejar duda, que la amaba en secreto. No era lo mismo que Jacobo fuese ó no fuese, el autor de los versos. Pues siéndolo, tenia ella el derecho de quejarse del agravio, y hacerle arrepentirse: no siéndolo, se constituía ella en el deber de pedirle perdon por atribuirle una culpa que no cometió; y la firmeza de su respuesta no dejaba género de duda.—Como casada y como amada, lo resistia su honestidad; como discreta y como mujer, lo repugnaba su orgullo. Entre tales riesgos ¿qué partido tomar? El menos malo y mas breve, refugiarse en el silencio y la seriedad; capa protectora de los imprudentes. Así lo hizo. Y avínole bien que en aquella sazón rompiese la música un wals, porque Jacobo, segun allí le dijo, se hallaba comprometido á bailar, y se despidió en el momento de ella protestándole que no era, ni pudo ser jamás, el autor de los versos que tanto la habian mortificado.

Pero apenas había andado el mancebo unos cuatro pasos, cuando hete aquí que se aparece por otra parte don Simon despavorido y temblando de la cólera:—Vámonos, le dijo á su mujer.

—¿Tan pronto? replicó esta sacando fuerzas de flaqueza, cómo se suele decir, pues en la voz y en el semblante no pudo ocultársele la desazon de su marido.

* Así era la verdad. Mucho después se averiguó que pertenecía á un célebre poeta matancero.

—Sí; vamos, añadió él. Y cuenta con lo que se le dice á la madre. Despidete de ella, no sea que entre en averiguaciones.

En efecto, doña Dolores, que vió á su hija rebullirse primero en la silla, y luego ponerse en pié en ademan de marcharse, le preguntó: Te vas?

—Sí, mamita, respondió Paulina afligidísima, por mas que quisiera aparentar contento. A Simon se le ha ofrecido no sé qué novedad en casa, y desea que nos retiremos.

—¿Qué ha sido, es cosa de cuidado, no se sabe? volvió á preguntar la madre con sobresalto.

—Nada, nada, se apresuró Alegrias á tranquilizarla, afectando serenidad y buena cara. No es mas que asuntos de comercio. ¿Qué quiere usted? los que somos del oficio tenemos que estar sujetos á estos percances. No somos dueños de nosotros mismos. Ea, pues, buenas noches y divertirse. —Y diciendo esto, disimuladamente tiraba del brazo á su mujer, que apenas tuvo tiempo de dar un beso á su madre y otro á Gabriela.

Pero el golpe mas duro que en aquella triste noche á Paulina le estaba reservado, era el de su despedida de Orosia. Atravesando el salon por medio, se encontró de manos á boca con ella que bailaba el wals en compañía de Jacobo, y se abandonó en sus brazos á pesar de resistirlo entonces visiblemente Alegrias.

—No me olvides!—fué lo único que acertó á decirle; mas en estas dos solas palabras iba envuelto todo su afán y su amor fraterno.

—No te olvidaré, le contestó la hermana, oprimiéndola dulcemente contra el seno; pues comprendió cuanto padecía. Y á entrambas se les llenaron los ojos de lágrimas, como en las noches de invierno de rocío las flores.

Escena tan patética fué parte, y no pequeña, para que Jacobo que la veía, y Orosia que la representaba, se disgustasen del baile, y dando dos ó tres vueltas, se sentaran. Esta á enjugarse las lágrimas é inquirir de su madre el motivo de retirarse Paulina tan temprano, aquel á considerar á solas, lejos del ruido del baile, los estraños sucesos, y mas estraño carácter de una mujer que distante parecia atraerle, y de cerca rechazarle; cual si dos poderosas pasiones se disputasen de continuo el predominio en su tierno corazon.

VIII.

.....jamás el oro
 pudo turbar del corazón la calma;
 porqué tengo en la mente mi tesoro,
 y busco los tesoros en el alma.

F. ORGAZ.

Casi á un mismo tiempo se apeaba Paulina del carruaje de su padre, donde la embarcó el marido para llevarla mas pronto á casa, cuando Jacobo pasaba por allí, la vuelta del Angel, barrio en que vivía.

Su habitacion era de alto, segun hemos dicho en otro lugar, si la memoria no nos es infiel, y solo la ocupaba: pues hemos de informar, aunque tarde, á nuestros lectores, que á causa de los estudios graves del derecho que en la ciudad seguía, se hallaba separado de su familia por gran distancia, y algunos años. Fuera de los auxilios que esta le proporcionaba, puesto que era rica, él, mediante el grado de bachiller que habia obtenido, y so la firma de un jurisconsulto amigo, defendía sus pleitos, y apañaba algunos pesos con que esperaba poder establecerse con una jóven en todo digna de su amor purísimo y su talento. Pero ya hemos visto qué mal le salió la cuenta respecto á Paulina: como cayeron en cierne, deshechos por tierra, todos sus planes.

Jacobo, es verdad, no habia nacido para la carrera de las leyes, ó al menos para ejercerla en un país. El se habia presentado á obtener un título en la Universidad, mas bien porque no le llamaran vago en esta tierra, que solo reputa honrosas las carreras universitarias, que porqué creyese que eso unía quilates á su ingenio, ni virtudes á su nombre. Empero, ni aun así se vió libre de los dientes que sabe aguzar la envidia, y emponzoñar la maldad, ó maligna ligereza de algunos hombres. Como ya por su falta de licencia para abogar públicamente, ya por su poco amor á una carrera que la necesidad de ocuparse en una profesion le habia hecho abrazar, tuviese que valerse de disimulos ó escondites; aquellos que no le conocían

de cerca; ó se interesában en perjudicárle, hallaron en esto ocasion para hacerlo ante la familia de Cifuentes, con quien tanto le importaba acreditarse. Y en tal supuesto, no es mucho que ella, don Simon y otras personas, le contaran en el número de esos camaleones, que viviendo del aire, visten colores mil, y medran y gozan cuanto gozar puede el que no comprende qué cosa es virtud, ni siente lo que es honor.

No es nuestro ánimo, sin embargo, asentar que por su poco valer en cuanto á bienes materiales, perdió la mano de Paulina; pues sobre no ser un pobre, en cualquier sentido que se tome esta palabra, ni él entró por sí en competencia, ni tuvo que hacer alarde de sus muchos ó pocos dineros, ni juzgamos á don Prudencio y su esposa de los padres que á sabiendas sacrifican la dicha de sus hijas á las preocupaciones y vanidades del mundo. La enfermedad de que adoleció pocos días después del memorable sarao en la Habanera, arrancándole en la mejor ocasion de los sitios esclarecidos y visitados por su bella enamorada, fué la única y verdadera causa de su desgracia. Cuando al cabo, ya un tanto restablecido de sus males, pudo volver á la ciudad, la primera noticia que le dieron sus amigos, interesados como él en la suerte de la linda *jóven de la flecha de oro*, fué la de su casamiento repentino y próximo con Alegrias. Tan duro de creer le parecía semejante enlace, ya por su ardiente amor á ella, ya por su profundo desprecio á él, que necesitó verlo por sus propios ojos, y oirlo por sus propios oidos para salir de dudas: á este fin se presentó en la iglesia de Guadalupe á tiempo que ellos se daban la mano de esposos. En hora mas menguada no pudo llegar.

Y aunque el grito y desmayo de Paulina al verle allí, del modo mas halagador y sublime que cabe en la humana condicion de la mujer, descubria á leguas su amor intenso mal reprimido, y tal vez la repugnancia con que entraba en el sagrado yugo, todavía Jacobo en su primer arranque de cólera, que le llevó á extremos desesperados, no vió mas que egoismo y ambicion en aquel enlace, y en consecuencia juró olvidarla. Con todo, así que supo lo que padecía, y el mal trato que le daba el imbécil marido, al odio y á la indiferencia sucedieron bien pronto la compasion y el deseo de volverla á ver, y aliviarle en lo posible las penas que la abrumaban.

Pero nunca se separó del amor puro, ardiente y poético que de doncella le había inspirado. Jacobo no concebía cómo la mujer que se casa puede amar á otro que su marido; tomando la palabra *amor* en su acepcion mas noble, limpia y casta, es decir, en la de la consustanciacion de dos almas sin culpa ante los ojos de los hombres y de Dios. Claro era que ya ella no podía amarle sin envilecerse, tanto para él como para la sociedad en que vivia. De manera, que al inquirir las desgracias de Paulina, y al hacerlas participes á su familia, no llevó el depravado intento de que ella le agradeciese el servicio y le pagara en cariño, sino el santo y muy laudable de que acorriesen sus cuitas las únicas personas capaces honestamente de acorrerlas. Sin embargo, á poder de considerarla infeliz, sobre lo hermoso y tierna, que á nadie podía esconderse, con los alientos de poeta y reformador de la sociedad que alimentaba en el vigor de sus veinticinco años; vino á pagarse de la aficion de la jóven, porqué al fin, al fin, era hombre.

Sepultábase Jacobo en sus tristes imaginaciones, cuando improvisamente se le entró por el cuarto adelante un jóven casi de su edad, que le amaba mucho y solía visitarle con frecuencia por ser vecino y compañero de estudios. Al verle allí solo, reclinado en una silla, con el codo en el espaldar de otra, sobre la mano la frente, aun con el traje de baile, todo indicando su lastimosa situacion:—¿Yo te hacía en la Filarmonica? dijo sentándosele al lado.

—Y ya he vuelto, repuso Jacobo levantando la cabeza para mostrarle mas tranquilidad de la que tenía.

—¿Tan temprano? Paréceme que apenas son las diez. ¿Has tenido algun disgusto en el baile? Es cosa de mujeres? Tu cara me está pidiendo que sea pregunton hasta la importunidad. Y si es cierto, como lo creo, que te ha sucedido algo, por Dios que me lo digas, porqué me da angustia verte asi. E imagino que has de padecer doble guardando el secreto, que confiándole al amigo. Con que no hay mas que confesarse: no faltará la absolucion.

—Sí; padezco, y por una mujer.

—¿Te encontraste con Paulina? Me lo temí desde que me dijiste que ibas á ese baile. ¿Tal vez se puso á bailar con el mostrenco de su marido?

—No. Cosa peor. Has de saber que apenas entré en el salón de la Filarmónica, me di de manos á boca con Orosia y Carlota. Me acerqué con cierta reserva, temeroso de que ya no me conocieran, y les hice un saludo muy encogido. Pero no solo me le contestaron con amabilidad, sino que me dieron mil quejas por no haber vuelto á su casa desde la noche del grado de bachiller de su hermano Lorenzo. Me disculpé como pude y supe, primero con mi enfermedad, y después con graves ocupaciones; y viniendo á hablar de otras cosas, pedí á Orosia un wals y me le concedió. Luego juzgué que debía preguntarle por su familia, y así lo hice.

—«Todos estamos aquí, me respondió, hasta Paulina.» Mira, al oírlo la sangre toda se me subió á la cabeza.... Por fortuna entraba en aquella sazón el príncipe de Joinville, y como la gente en el salón empezó á moverse, á agitarse y á oprimirse, yo tuve por buena cuenta y mejor alivio, salirme á los corredores del oriente. Mas movido por la curiosidad de conocer al que llamaba tanto la atención del concurso, volví á la sala, aunque por la puerta de la izquierda; cuando de improviso me di con Paulina, que trataba de subirse en su asiento....

—¿Y hubo otro paso de novela como el que aconteció en Guadalupe la noche de su matrimonio?

—Acerqueme y le ofrecí la mano. Al pronto no me conoció; mas bajando la cabeza para darme las gracias, le vi perder el color del rostro, y quedarse helada.

—¡Ah! Mujeres, mujeres, exclamó el amigo, el que no os conoce, que os crea.

—Bajose al instante de la silla, y la saludé. Habían vuelto las rosas á su cara: sus ojos estaban azules y brillantes como el cielo. Habiéndole espresado mi sorpresa de verla allí, ¿sabes lo que me contestó?—Que ella no se había casado tan joven para enterrarse en vida.—¿Has visto mayor orgullo de mujer, cuando es público y notorio en toda la ciudad que el don Simón no la deja siquiera asomarse á la calle?

—Esa es falta que siempre noté en las mujeres: en Paulina con exceso: todavía no se me olvida la noche aquella en la Habanera....

—Sí, pero su orgullo es noble. Tú no la comprendes. ¿Quieres que haga alarde de su esclavitud y sus desgracias, cuando

ya siente que no tiene remedio? Qué puede valerle hoy la compasion de les que la admiraron y la adoraron soltera, libre y dichosa?

—No me vengas con esas, Jacobo: pues tú sabes que para todo hay remedio, si no es para la muerte.

—¡Pues no paró ahí el cuento. Rodando la conversacion, como es corriente, vinimos á hablar en su matrimonio. Dijome con amargura, y al parecer tomando la ocasion por los cabellos, que las gentes, juzgándola como acostumbran, por las apariencias, la habian calificado de vana y egoista.

—Por supuesto....

—Escúchame, le atajó Jacobo. Y refiriole en breves palabras todas las que habian pasado entre ella y él, de que ya dimos cuenta á nuestros lectores, sobre la ligereza de los hombres en juzgar á las mujeres en la apariencia culpables, y sobre los versos del *Diario* que tanto le habian mortificado.—Me quedé estático, prosiguió Jacobo. Yo que hace lo menos seis ó siete meses que no escribo, ni hago un verso....

—En efecto, le interrumpió el amigo, he leído los tales versos, que están muy buenos, y á ella le vienen de molde: ni mandados hacer al propósito. Los copia el *Diario*, de la *Aurora de Matanzas*: á no ser por esta circunstancia, tambien te los hubiera atribuido.

Manifestó Jacobo deseos de ver los versos, é incontinenti fué el amigo á su cuarto y trajo el *Diario*, ¡pues rara cosa! Era estudiante y suscriptor! En habiéndolos leído, esclamó:— ¡Dios mio! No he visto mayores injurias. Razon y muy sobrada tenía Paulina para quejarse. ¡Qué amargas reconconvenciones! Qué duros cargos á una pobre muchacha! Pero hombre, lo que me admira es que se me atribuyen versos que no solo no he compuesto, sino que ni aun noticias tenía de que se hubiesen publicado en el *Diario*. Así se lo aseguré á Paulina con toda la energia y serenidad de la inocencia: aunque segun el semblante que puso y el tenaz silencio que guardó, estoy persuadido que no dió crédito á mis palabras, ni quiso oír mis justificaciones....

—¿Y esa es la causa de tu afliccion?

—En esto principiaron á tocar un wals, continuó Jacobo, sin interrumpir el hilo de su narracion, y tuve que separarme de

ella para bailar con Orosia. Apenas me había alejado unos tres ó cuatro pasos, cuando cate usted á don Simon que venía su- dando á mares y atropellando por todos, en busca de su mujer. Tal vez nos descubrió en conversacion. Me puse, pues, á bai- lar, y á poco los ví salir de braceró en son de marcharse. Yo, de ex-profeso, me detuve en el sitio por donde ellos debían de pasar. Y como lo sospeché, sucedió.—Aquí contole la tierna despedida de las dos hermanas, sus lágrimas y tristes prome- sas en medio del general contento; y continuó así:—Y yo, mu- do espectador de aquella escena, que veía ejercer la crueldad y la violencia en una mujer resignada y humilde con tal sangre fria, no sé cómo me contuve, ni cómo no abrasaron mis ojos al imbécil de su marido.

—¡Buen disparate! dijo el amigo con toda flemma. ¿Y tú te irritas por eso? No seas bobo, que bien merecido le está á ella todo lo que ahora le sucede: así lleváran el mismo pago todas las que, como dicen muy bien los versos del *Diario*, «venden su corazon,” que otro gallo nos cantara.

—Ah! No la calumnies, no, por Dios! Esclamó Jacobo en vehemente arrebató. Para el complemento de su desgracia, no faltaba mas sino que la calumnia y la ligereza le supusieraa intenciones que no tuvo, faltas que no cometió, y que no se pueden suponer nunca en una niña de su edad y sentimientos, sin riesgo de gravísimo error.

—¿Por ventura los padres la obligaron á tomar el marido que tiene? Yo estoy informado que ella entró en el matrimo- nio de bonísima gana.

—En la jurisdiccion doméstica, amigo mio, hay mil modos, no solo de obligar, sino de forzar una niña á que tome esposo contra su gusto, sin que aparezca en la sociedad que hubo conminacion ni violencia.

—O tú no te esplicas, ó yo no te entiendo, ó te contradices á cada paso, Jacobo. No hace muchos días, acuérdate, que me dijiste:—Estoy desengañado de lo que son las mujeres: hasta Paulina, de quien yo esperaba mas nobleza de alma, no es otra cosa que una mujer vulgar, egoísta y vana como todas. ¡Se ha vendido al vil interés en lo mejor de su edad, en la fuerza y esplendor de su hermosura! Qué desgracia!—Lo olvidaste?

—No lo olvidé. Sin embargo, no hay contradiccion en mi.

Pensaba de esa manera porque no conocía verdaderamente su alma, y porque me figuré que ella podría avenirse al trato grosero de su marido. Ahora no. La he visto con mis propios ojos gemir bajo el peso del yugo que le echaron al cuello: prueba de que no se aviene, y de que su alma comprendía y esperaba otra suerte en la tierra.

— Bien: supongamos que á Paulina le hicieron sus padre violencia; que no había nacido para el hombre con quien se ve enlazada, y que siente su desgracia con la resignacion é intensidad que jamás mujer la ha sentido. ¿A qué conducen, ó por mejor decir, de qué le pueden aprovechar tus lamentaciones y tus quejas? Hallo que son inútiles, cuando no excesivas. Porque desengáñate, Jacobo, por mucho que se exagere, siempre es probable que sean mas tus dolores que sus males.

— ¡Hombre, no digas eso! que cualquiera pensaría que eres insensible á los padecimientos de tus semejantes, mayormente cuando se trata de una mujer bella, jóven y de alma tierna. ¿Conque, porque no me es dado aliviar sus dolencias, no quieres que me levante y maldiga la causa que se las produce?

— A fé de que no soy insensible; y hartas pruebas creo que de ello tengo dadas. Pero, amigo, no opino que se deban sentir males ajenos con la violencia que tú, cuando confiesas que no es fácil remediarlos.... al menos por la via ordinaria; concluyó el jóven sonriendo.

— ¿Concibes que podré remediarlos por alguna otra via?— le preguntó Jacobo tomando la frase por lo serio.

— ¿Me pides un consejo, ó quieres calar mi poca ó mucha agudeza de ingenio en lances de amor y fortuna, segun dijo el otro?

— En estos momentos me hallo demasiado perplejo y confundido, para no desear que me alumbren algun camino.

— ¿Tienes razon para creer que ella hoy te ama, ó te amó verdaderamente en otro tiempo?

— Aunque no tuviera de presente otras pruebas que las que me ha suministrado una conversacion que ayer mismo tuve con la mulata que le sirve á la mano, espero que el lance de Guadalupe baste y sobre para escusarme de la nota de jactancioso, si aseguro que no solo me amaba, sino que hoy me ama. Pero ¿qué hacemos con su amor, cuando tú sabes....

—Siempre necesitamos de su amor. Yo no te aconsejo.... Y no terminó la frase, porqué en aquel mismo momento se abrió de golpe la entrejunta puerta del cuarto, y presentose á los asombrados ojos de nuestros dos jóvenes un personaje bastante conocido en el discurso de esta historia; del cual es fuerza que hablemos en el capítulo siguiente.

(Concluirà.)

FILIDOR.

Andrés Danican Filidor, nació en Dreux, cerca de París, en 1726. Su abuelo era tocador de oboe (hautboy) en la corte de Luis XIII. Un italiano, nombrado Filidor, había sido admirado en la corte por su destreza en el manejo del mismo instrumento, y después de su partida, el rey dió á Danican el sobrenombre de *Filidor*, que conservó la familia: su padre, y algunos de sus hermanos continuaron sirviendo en la orquesta de los reyes Luis XIV y XV.

A la edad de seis años fué admitido entre los niños de la capilla real, en donde estando obligado á asistir diariamente, tuvo oportunidad de aprender el ajedrez, de los músicos que concurrían, los cuales eran unos ochenta; y como no se les permitía el uso de los naipes tan cerca de la capilla, tenían una gran mesa en la que estaban embutidos seis tableros de ajedrez.

A la edad de once años se ejecutó un motete ó salmo de su composicion, con acompañamiento para el coro, que agradó tanto á Luis XV que dió cinco luises al compositor, lo que animó al niño á componer otros cuatro. A los catorce años dejó la capilla, teniendo ya la reputacion de ser el mas diestro jugador de la comitiva. En 1740 se ejecutaron en París varios motetes suyos y un concierto espiritual, que fueron recibidos favorablemente del público, como producciones de un niño que era ya maestro y enseñaba la música.

En aquel tiempo se jugaba al ajedrez en todos los cafés de París, y él se aplicó tan tenazmente á este juego, que se olvidó de sus discípulos, los cuales en consecuencia tomaron otro

maestro, lo que le indujo á preferir el estudio del ajedrez al de la música. Mr. de Kermui, señor de Legalle, estaba entonces en los cuarenta años de su edad, era reputado por el mejor jugador de Francia; y el jóven Filidor buscó oportunidad de recibir sus instrucciones, con las que adelantó tanto, que tres años después Mr. de Legalle, aunque todavía su maestro, no le podía dar la menor ventaja.

Mr. de Legalle le preguntó un día si se había ensayado alguna vez en jugar de memoria, sin mirar el tablero. Filidor le contestó, que habiendo calculado movimientos y aun juegos enteros de noche en la cama, creía poder hacerlo; é inmediatamente jugó un juego con el abate Chenard, que ganó sin mirar el tablero, y sin titubear en ninguna jugada. Esta fué una circunstancia de la que se habló mucho en París, y en consecuencia repitió frecuentemente este modo de jugar.

Filidor, entonces, viendo que podía jugar un juego fácilmente, se ofreció á jugar dos á un mismo tiempo, lo que hizo en un café de esta partida se habla en la Enciclopedia. Cuarenta años después de esto, jugó en dos diferentes ocasiones en Londres tres juegos de una vez.

En 1747 estuvo en Inglaterra, en donde sir Abraham Jansen le presentó á todos los jugadores célebres de su tiempo. Sir Abraham era no solo el mejor jugador de Inglaterra, sino tambien el mejor jugador con quien Filidor jugó en toda su vida, después de su maestro, pues el baronet era capaz de ganarle de cuatro juegos uno, y Mr. de Lagalle, con quien sir Abraham jugó después en París, fué del mismo sentir con respecto á su destreza.

En 1748 Mr. Filidor volvió al continente por Holanda, donde compuso su *Tratado de Ajedrez*. En Aquisgran le aconsejó lord Sandwich que fuese á Eindhoven, poblacion entre Bois-le-duc y Maestricht, donde estaba acampado el ejército inglés; aqui tuvo el honor de jugar con el difunto duque de Cumberland, quien suscribió liberalmente á su obra de ajedrez, y le procuro un gran número de suscritores. El libro se publicó en Londres en 1749.

En 1750 frecuentaba la casa del embajador de Francia, duque de Mirepoix, que daba una comida cada semana á los aficionados del ajedrez, en cuyo juego era muy esperto.

Filidor permaneció otro año en Londres, y sabiendo que el rey de Prusia era apasionado del ajedrez, salió para Berlin en 1751. El rey le vió jugar varias veces en Postdam, pero no jugó con él. El marqués de Verennes y un judío, eran los que jugaban siempre con el rey, á cada uno de los cuales dió Filidor un caballo y los batió.

El año siguiente dejó á Berlin, y habiendo estado ocho meses en la casa del príncipe de Waldeck, en Arosel, y tres semanas en la corte de Landgrave de Hesse-Cassel, volvió á Inglaterra, en donde permaneció hasta el año de 1775 que volvió á Francia, donde compuso algunas óperas y otras piezas; y en 1794 le hallamos otra vez en Londres en la casa de Mr. Parsloe en St. James's street, donde el 23 de febrero jugó dos juegos á un tiempo sin ver el tablero, contra el conde Bruhl y Mr. Wilson. Mr. Filidor les dió la ventaja de la salida: Mr. Bowdler movió las piezas por Mr. Filidor contra el conde Bruhl, y Mr. Rameau contra Mr. Wilson.

Este partido fué fuertemente disputado y duró una hora y treinta y cinco minutos. Mr. Filidor, aunque nunca manifestó un entendimiento mas despejado, ni una memoria mas tenaz, estuvo obligado á ceder á sus adversarios, á quienes antes habia batido tantas veces. El hecho es que la ventaja fué inmensa, y aunque este célebre extranjero es el mejor jugador del mundo, los otros caballeros habian hecho maravillosos progresos.

Lista de los soberanos jugadores de ajedrez, de que hacen mencion las historias.

Carlo-Magno.	Isabel, reina de Inglaterra.
Tamerlan.	Jacobo I de Inglaterra, que
Sebastian, rey de Portugal.	llamaba á este juego una
Felipe II, de España.	locura filosófica.
El emperador Carlos V.	Luis XIII.
Catalina de Médicis, reina	Luis XIV.
de Francia.	Guillermo III.
El papa Leon X.	Carlos II, rey de Suecia,
Enrique IV, de Francia.	Federico, el último rey de P.